JORDI SIERRA I FABRA

YO, ELISA

Siruela

Jordi Sierra i Fabra

YO, ELISA

Siruela

Las Tres Edades

Edición en formato digital: marzo de 2024

En cubierta: © Ana Zapico, a partir de una fotografía de
© martin-dm / iStock / Getty Images
Diseño gráfico: Gloria Gauger
© Jordi Sierra i Fabra, 2024
© Ediciones Siruela, S. A., 2024

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, *www.cedro.org*) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Ediciones Siruela, S. A.
c/ Almagro 25, ppal. dcha.
www.siruela.com

ISBN: 978-84-10183-21-6

Conversión a formato digital: María Belloso

Elisa
1

La primera noción que tuve de mi horripilante aspecto debió de llegar a los siete u ocho años. A lo peor antes, a los seis. No lo recuerdo. Mi madre me llevó a una academia de baile, pensando que me gustaría ese rollo del *ballet*, y el primer día, en el vestuario, cuando vi a las demás niñas como yo, desnudas o en bragas, comprendí que nunca sería como ellas. Salvo una, más ancha que alta, las demás estaban superdelgadas y tenían largas piernas, cabellos preciosos y rostros agradables, por no decir que eran directamente guapas. A la semana le dije a mi madre que no quería volver. Se llevó un disgusto tremendo. ¿Por qué?, me preguntaba. Y yo le daba excusas, que si la música, que si era torpe, que si tal y que si cual. A partir de entonces el espejo se convirtió en mi obsesión y mi enemigo. Mi hermana mayor también. Tiene casi cuatro años más que yo, y es alta, delgada, guapa, con un cabello precioso, un tipo impresionante, le queda bien cualquier cosa que se ponga y no hay chico que no babee con ella. Y eso que está cargada de complejos. ¡Ella! Yo creo que es masoquista. La segunda noción de mi horripilante aspecto llegó ya con nueve años. De eso sí me acuerdo. Había un niño que me gustaba, era simpático, solía hablar con él. Pensaba que teníamos buena relación. Hasta que un día en el patio le oí hablar con otro. ¿Por qué estás siempre con la gorda? Pues porque me da pena. ¡Jo, tú eres tonto! Al menos tócale el culo, ¿no? Y mi amigo va y suelta: me faltarían manos. Eso con nueve años. Mi relación con los chicos creo que acabó aquí. Pensé en concentrarme en las amigas. Pero también salió mal. Intenté no traumarme porque Maribel tuviera el pelo rizado, Ana lacio y sedoso, Berta fuera rubia y Carlota lo llevara ya largo hasta media espalda. Mi pelo ya era ralo, asqueroso, una maraña ingobernable. Cada noche necesitaba y necesito un rastrillo para desenredármelo. Y aunque no

hiciera o haga nada, se enredaba y se enreda igual a las pocas horas. No digamos en verano, en la piscina. Las amigas al comienzo estuvieron bien, pero poco a poco se notó que les molestaba. Con once años ya tonteaban. Con doce más que tontear pedían guerra. Yo me aferraba a un sueño: formar parte de algo, sentirme integrada. Y no. Fue el segundo palo el que me hizo convertirme en la solitaria en que me convertí hasta casi los quince. Pero no corramos. Falta un poco de tela por cortar. Maribel, Ana, Carlota y Berta acabaron haciéndome el vacío. La culpa fue de otra integrante del grupo que apareció de pronto al empezar el curso. Era como esas chicas de las películas de Disney. Ya iba maquillada y parecía mayor. Se llamaba Sonia. Sonia hizo que las demás también se maquillaran y pintaran hasta parecer cromos. Yo lo intenté un día, y a pesar de que me di cuenta de que mi aspecto era el de una chica a la que acaban de pasarle un pastel por la cara, le eché valor. Cuando mi madre me vio llegó el primer golpe. ¿Vas a una fiesta de disfraces? No, mamá, es que me he maquillado. Elisa, no digas tonterías. Que sí, mamá. Pareces un espantapájaros. Y en estas que llegó mi padre y sin decirme nada cogió una toalla mojada y me la pasó por la cara. ¿Quieres parecer una puta? ¡Papá, me haces daño! ¡Más te lo hará la vida si no te la tomas en serio! Me acosté llorando y en los días siguientes, cuando las demás acabaron pasando de mí, toqué fondo. A partir de ese momento me quedé sola, apenas hablaba con nadie, iba al colegio, fingía estudiar y poco más. No tardaron en llamar de la dirección a mis padres para decirles lo típico: es que con su potencial no entendemos por qué saca unas notas tan justas. ¿Potencial? ¡Y una mierda! No se tiene potencial con el pelo de estropajo, el cuerpo rechoncho, sin cintura, las patas cortas, los dedos como morcillas, los pómulos redondos y los labios finos como si en lugar de boca tuviera un corte horizontal en mitad de la cara. Pero eso fue solo el principio. Llegó el cambio. ¿A mejor? A peor. Sabía que con el tiempo mis tetas serían enormes. Solo tenía pezones, como dos enormes granos, y ya iba con las libretas y los libros contra mi pecho para aplastarlos. Luego me los vendé para apretarlos al máximo. Pero la naturaleza es cruel. Crecían y crecían como bolas. Vale, ya únicamente faltaba la guinda. El peor día de mi vida, hasta entonces, llegó a los trece años. Estaba en clase de lengua y de pronto sentí una punzada extraña en el vientre. Al momento noté

que me mojaba, como si me acabase de orinar encima. Para postre iba con falda. Con pantalón aún lo hubiera podido disimular un poco, pero con falda… imposible. Me llevé una mano a la entrepierna y cuando me miré los dedos vi la sangre. No soy idiota. Sabía que era la regla. Pero… ¿en clase? ¿En serio? ¿No podía ser en casa, a solas, o duchándome, como en las películas? Pues no. Y para más horror, en ese instante va la profesora y me pregunta no sé qué. Yo ni sabía de qué hablaba. La miré atónita. ¿No me has oído, Elisa? Sí, señora. Pues bien. Es que no sé… ¿No sabes de que estábamos hablando, es eso? No. Esto te va a costar un cero. Yo… Y la sangre cayéndome por los muslos. No un poco, no, qué va. Ríos de sangre. ¿Es lógico? ¡Ni hablar! Pues allí estaba yo con todo ese rollo. No sabía qué hacer. Faltaban quince minutos para que acabara la clase. Estaba atrapada, a punto de sufrir la mayor humillación. De pronto un chico, el que estaba a mi lado riéndose por lo bajo, va y lo suelta: ¡Está meando sangre! Aquí ya no pude más, me levanté de mi lugar y, sin pedir permiso, me puse a correr con la mano apretándome la entrepierna. Salí de clase entre las risas de todos y me fui al lavabo, que no estaba precisamente al lado. Me encerré en un cagadero y me puse a llorar. A los dos minutos apareció la de lengua, que por fin había aterrizado en la realidad. ¿Estás bien, Elisa? ¡No! ¿Qué te pasa! ¡Me ha venido la regla! Ponte un Tampax, ¿no llevas? ¡No, es la primera vez! ¡Oh, cielos! ¡Espera, no te muevas! ¿Qué iba a moverme? Seguí llorando hasta que regresó con la del botiquín. Yo no quería abrir, pero tuve que hacerlo. Me ayudaron a limpiarme y me dieron una compresa. Luego me dejaron ir a casa. Mi madre, al saberlo, me soltó un espectacular: ¡Ya eres una mujer! La miré casi con odio, aunque ni se enteró. ¿Para qué quería ser yo una mujer? Luego llegó mi padre y, muy serio, me apuntó con un dedo y acabó de redondearlo: Ahora cuidado con los chicos, ¿eh? No vayamos a tener un disgusto. ¡Jo, eso con trece años! Y ya, desde aquí, una especie de vértigo alucinante, como si la naturaleza se empeñase en hacer pruebas conmigo. Estos casi dos años siguientes, hasta ahora, han sido como deslizarme hacia abajo por una pendiente lisa, sin lugar al que agarrarse. Una amiga le dijo a mi madre: tu hija debería hacer régimen, ¿no? ¿Mi hija régimen? ¿Qué dices? Mi hija no está gorda, está hermosa. Dijo lo de «hermosa» con un énfasis… La ese le patinó como patina un coche por

una autopista con la calzada llena de aceite. Hasta mi hermana, que ya cambiaba de novios como yo de ropa interior, me soltó que yo no estaba gorda, ni era fea, sino que era como la mayoría y muy atractiva aunque no me diese cuenta. ¿Piedad? Ni idea. Es mi hermana y la quiero. Pero claro, para ella es fácil decir lo que dice. Este último año, en clase, había un chico aún más gordito que yo, con las mejillas tan hinchadas que le entrecerraban los ojos. Y a todo el mundo le dio por querer emparejarnos. ¿Qué pasa, que los altos han de ir con los altos, los cromos con los cromos y los rechonchos con los rechonchos? Para postre hice una amiga que al cabo de tres meses me estampó un beso en la boca y me metió la lengua hasta la tráquea. Resultó que estaba enamorada de mí. Me pones, dijo. Yo, a cuadros. No soy lesbiana. Eso no lo sabes. Que sí lo sé. Prueba conmigo y entonces decide. No, no voy a probar. Tú te lo pierdes, mira, y me enseñó el sexo, que parecía un pedazo de la selva amazónica por su densidad y exuberancia. Me eché a llorar como una burra y ahí acabó todo. ¿Sigo? La lista de agravios sería larga y no vale la pena. O sea, que iba a cumplir quince años y creía que la vida me había jugado una mala pasada, que me había tocado todo lo malo, nada de bueno, que no es justo, que al menos habría podido tener algo siquiera normal y no. Soy baja, tenía un pelo asqueroso, mofletes, labios finos, tetas grandes, piernas cortas y me daba la sensación de que no servía para nada.

¿Hace falta que siga?

Sesión primera

—¿Cómo te llamas?

—Ya lo sabe.

—Pero has de decirlo.

—¿Por qué?

—Porque esto se graba, y ha de quedar constancia de que eres tú.

—¿Se graba?

—Sí.

—¿Y por qué se graba?

—Se graban todas las sesiones con los pacientes.

—Vale, pero ¿por qué?

—Para tener constancia de lo que han dicho.

—O sea, que mi voz, lo que diga, va a quedarse aquí para siempre.

—Bueno, para siempre…

—Da igual. Cualquiera puede escucharlo.

—Eso no.

—Ya, como en internet. Todo Dios cree que lo suyo está a salvo, que nadie lo verá, que no hay piratas… y luego pasa lo que pasa.

—Guardo las charlas con mis pacientes bajo llave.

—¡Uy, mira, qué seguridad!

—¿Estás dando largas para no empezar?

(Anotación: la paciente me mira fijamente y hace una pausa tras la cual parece rendirse).

—¿Yo? No.

—Pues anda, dime tu nombre.

—Elisa Martínez Pérez. ¿Se lo deletreo?

—No hace falta.

—Es que como es sueco…

—¿Te gusta bromear o te haces la dura?

(Anotación: la paciente se encoge de hombros y finge fastidio. No está

cómoda ni a gusto).

—¿No dicen por ahí que falta sentido del humor?

—¿Quién dice eso?

—No sé. Debo de haberlo leído.

—Sí, es bueno tener sentido del humor, pero siempre en el momento adecuado y en las circunstancias precisas.

—La gente cuenta chistes en los entierros.

—No es el mejor ejemplo.

—Yo creo que sí. Le tienen tanto miedo a la muerte que se lo sacan de encima bromeando mientras a tres pasos está el muerto en su caja.

—¿Has vivido algo así?

—Sí.

—¿Con quien?

—Con mi abuelo.

—¿La gente hacía chistes en el funeral de tu abuelo?

—Recuerdo que salí un momento fuera y ahí estaban todos, como en una cena de empresa pero sin bebidas. Claro, muchos solo se ven de entierro en entierro. Parecía una fiesta, en serio. Nadie lloraba.

—¿Te dolió?

—Sí, supongo.

—¿Querías a tu abuelo?

—Era un tío legal. El mejor.

—¿Hablabas mucho con él?

—Sí. Me contaba cosas, historias… Nunca me cansaba de escucharlo.

—¿De qué murió?

—De viejo.

—¿Una enfermedad?

—No. En la cama. Durmiendo. Él no se habría merecido sufrir.

—Hablábamos de tu sentido del humor.

—Sí, ya.

—¿No crees que la falsa ironía o el cinismo pervierten la idea de lo que es tener sentido del humor?

(Anotación: la paciente frunce el ceño exageradamente).

—Oiga, estoy aquí en contra de mi voluntad, aguantando que me haga preguntas para explorarme el coco. ¿Qué quiere? Siento como si una mano invisible me removiera la mente.

—¿No crees que es por tu bien?

(Anotación: la paciente se exalta).

—¡Y una mierda!

—Tranquilízate.

—No, si yo estoy tranquila. Venga, pregunte.

—¿Qué edad tienes?

—Quince años.

—¿Cómo te definirías a ti misma?

—No tengo ni idea.

—¿Feliz, triste, enfadada, violenta…?

—¿No siente cada persona algo de todo eso según las circunstancias?

—Pero tú, por regla general…

—¿Se ha mirado al espejo?

—¿Yo? Sí.

—¿Y qué ve?

—No entiendo tu pregunta.

—¿Está feliz, contenta, satisfecha de sí misma cuando se mira al espejo?

—Bastante feliz, bastante contenta, bastante satisfecha de mí misma… Es la tónica.

—¿Sabe qué veo yo?

—No. Dímelo.

—Veo lo mismo que está usted viendo ahora.

—¿Y es?

(Anotación: la paciente abre los brazos y se abarca a sí misma).

—¡Veo esto, joder!

—No estás bien contigo misma.

—¿Está de coña? ¡Peso más de sesenta kilos, soy baja, tengo un pelo asqueroso…! ¿Va a arreglar todo esto escudriñándome la mente?

—No, no voy a solucionar esto, pero sí trataremos de que te quieras a ti misma.

—¿Cómo?

—Con estas sesiones.

—¿Y un día saldré de aquí feliz, radiante, contenta? ¿Sabe lo que me espera ahí afuera?

—Sí, lo sé: la vida.

—¡No me venga con frases hechas!

—Esta es cierta. La vida no es un problema por resolver, sino un misterio por descubrir.

—¡Jo, a usted le dieron sobresaliente en todo!, ¿verdad? ¿Sabe cuáles son mis frases favoritas sobre la vida? Una es de John Lennon: «La vida es eso que pasa mientras estás haciendo planes». La otra la leí en una novela del cole: «La vida es una película que siempre acaba mal. Muere el protagonista».

—Las conozco.

—La vida es cojonuda si has nacido en Nueva York y tienes pasta, y una mierda si has nacido en África y te mueres de hambre; fantástica si has nacido en un país en paz y un infierno si tu país está en guerra y te bombardean y has de largarte; y, por supuesto, estupenda si eres guapa y delgada y asquerosa si eres como yo.

—Elisa, vamos a trabajar esto, te lo prometo.

—Ya, como no me hipnotice…

—¿Por qué no confías en mí?

—¿Hace milagros?

—No. El milagro lo harás tú. ¿Podemos seguir?

—¿Me tiendo en el diván?

—No hace falta. Puedes seguir sentada. Háblame de tus padres.

—¿Para qué?

—Quiero conocer tu entorno.

—Mis padres son aburridamente normales.

—¿Cómo es tu madre?

—Normal, ya le digo.

—¿Qué es para ti normal?

—Va a cumplir cincuenta años, no se cuida, está menopáusica, trabajó hasta que la echaron o la empresa cerró o algo así y ahora, como mucho, ayuda en la panadería de la calle para no aburrirse, sentirse útil y ganarse unos euros. Es maniática de la limpieza y del orden. Suspira mucho, está resignada a todo. Por las tardes que no la quiten de la butaca para ver las mierdas de la tele. Tiene móvil y no sabe usarlo. ¿Sigo?

—¿La quieres?

—Es mi madre, ¿no?

—Pero hablas de ella en un tono muy despectivo.

—No es verdad. Solo soy realista. Es como es y ya está.

—¿Está mucho encima de ti?

—No sé, supongo que sí.

—¿Con qué te presiona más?

—Con la comida y el orden. Bueno, y también el aspecto, qué llevo y todo eso.

—¿Os peleáis mucho?

—Sí.

—¿A gritos?

—Sí.

—¿Quién gana?

—Nadie. Ninguna. Por lo general todo acaba cuando me meto en mi cuarto y cierro de un portazo.

—¿La has oído llorar?

(Anotación: la paciente crispa la mirada).

—Sí, a veces.

—¿Se pelea con tu padre?

—No, eso no.

—Así que llora sola.

—Sí.

—¿Te sientes responsable?

—Si lo hace después de una de nuestras trifulcas… puede.

—¿Te duele?

—Pues claro.

—¿Y tu padre?

—¿Mi padre qué?

—¿Cómo es, qué hace…?

—Trabaja de operario en una fábrica de componentes electrónicos, es encargado, está preocupado por si la cierran y se queda sin trabajo a los cincuenta y dos años o lo jubilan anticipadamente. Es calvo y eso le fastidia mucho. Dejó de fumar hace tres años y se puso de los nervios, engordó cinco kilos. Se enfada por todo, grita por todo y me amarga la vida lo que puede.

—¿Te ha pegado alguna vez?

—No, pegar no. Nunca.

—¿Lo quieres?

—Pues claro.

—¿Sientes que él te quiere a ti?

—Asegura que todo lo hace por mi y mi hermana, que somos sus niñas, que…

—¿Qué? Sigue.

—Una vez, hace dos años, se emborrachó en una boda y le dio llorona, así, en plan depresivo. Dijo que se sentía fracasado, que todo le había salido mal, que era un mierda…

—¿Le ayudasteis?

—Yo no sabía qué hacer, estaba bloqueada. Mi madre sí, le dijo que tenían dos hijas estupendas y tal, que muchos otros estaban peor… Bueno, eso.

—¿Crees tú que otros están peor?

—Y mejor, no te fastidia.

—Pero no te consuela.

—A mí lo que hagan los demás…

—¿No sientes celos o envidia de nadie?

(Anotación: la paciente parece serena, pero da la impresión de hablar desde un pozo en el que está sumida).

—De las chicas delgadas y guapas.

—¿Querrías ser como ellas?

—¿Y quién no?

—¿No crees que ellas también tienen problemas?

—Puede; pero menos importantes, seguro.

—Sabes que, a veces, para estar delgadas, sufren trastornos importantes, anorexia, bulimia…

—Me cambio su anorexia y su bulimia por mis regímenes que no sirven para nada.

—Sabes que eso es inexacto, por no decir tendencioso, falso…

—Pues bueno.

—¿Tu hermana es delgada?

—Sí.

—¿Cómo es tu relación con ella?

—La quiero y me quiere, ya está.

—¿Estáis unidas?

—Siempre ha cuidado de mí.

—¿Pero estáis unidas?

—Nos llevamos casi cuatro años. Hay una diferencia de edad.

—¿Cómo es ella?

—Alta, guapa, delgada, tiene un cabello precioso, unos labios perfectos, un pecho pequeño… Por eso todos los chicos le van detrás y ella cambia de novio como yo de blusas.

—¿No crees que es tener en casa un modelo que te afecta?

—Ella también está llena de complejos.

—¿Como cuáles?

—Que si tiene la nariz demasiado larga, que si tiene los labios grandes, que si tiene los pechos pequeños, que si tiene los pies feos… Yo me suelo reír. Ya le cambio las tetas cuando quiera, y vería, así de entrada, lo que es soportar este peso.

—O sea, que nadie está de acuerdo con su aspecto.

—Dicho así…

—¿No crees que la gente se quiere poco a sí misma?

—Si te quieres te llaman narcisista, y si no… acabas aquí, en la loquería. Genial, ¿no?

Elisa
2

Me llamó saco de mierda. Esas fueron exactamente sus palabras: Oye, saco de mierda. Yo me volví y me la quedé mirando. Total, habíamos tropezado. Total, se le cayeron algunas libretas. Total, nada. Pero se volvió y me lo dijo: Oye, saco de mierda. Yo pensé en echarme encima de ella y sacarle los ojos. No me faltaban ganas. Era guapa y rubia. Guapa y rubia. Guapa y rubia. En lugar de estar dando gracias a los dioses por ser guapa y rubia, me llamaba saco de mierda. Pero no me eché encima de ella. Tampoco le pedí perdón. La miré fijamente. ¿Tú de qué vas? No, ¿de qué vas tú? Hemos tropezado, ya está, no tienes por qué insultarme. No te he insultado. Me has llamado saco de mierda. Es que lo eres. ¿Tú te has mirado bien, esquelética? Si parece que vayas a romperte en un plis plas. No estoy esquelética. Ni yo gorda. Sí, tú estás gorda. Pues tú esquelética. Y en eso que nos quedamos así, mirándonos fijamente, y de pronto nada, que nos echamos a reír. Pero a carcajadas. Como locas. Tanto que acabamos abrazadas con los ojos llorosos hasta que nos calmamos. ¿Cómo te llamas? Elisa, ¿y tú? Yolanda. Vale pues, Yolanda. Vale pues, Elisa. Ella iba a una clase y yo a otra. Nos separamos y eso fue todo. Pero al salir nos encontramos. Ella me estaba esperando y yo sé que en el fondo la busqué. Yolanda era todo lo que yo quería ser. Y, más tarde, supe que yo desperté en ella algo difícil de explicar. Difícil hasta que no se sabe cuál era el secreto de Yolanda. Porque tenía un secreto que nadie sabía y que, incluso a mí, ya amigas, tardó en contarme. Desde ese día hablamos. Desde ese día, por fin, sentí que tenía una amiga. No me importaba hablar con ella de mi peso, ni de mis complejos, el pelo, los labios, las tetas… Parecía comprenderme. Y no le daba importancia. A los tres días de vernos, extrañada, le pregunté si era lesbiana. Me miró y me dijo que no. ¿Por qué me preguntas eso?

Porque la última amiga que tuve lo era y me besó. ¿Te gustó? ¡No! ¿Y crees que yo pueda serlo? Bueno, nos hemos hecho amigas y me sorprende. ¿Por qué te sorprende? ¿Y lo preguntas? Tú eres guapa, rubia y estás delgada. No tenemos nada en común. ¿Hemos de ser iguales para ser amigas? Vale, perdona, es que no lo entiendo. ¿Pero te gusta que seamos amigas? Sí, me gusta mucho. ¿Crees de verdad que soy guapa? ¿Estás de coña? ¡Lo que daría por parecerme un poco a ti! Ella de pronto se puso muy seria y antes de que pudiera hacer o decir nada rompió a llorar. Yo a cuadros. ¿Por qué lloras? Por nada, por nada. Nadie llora por nada. Lo siento. ¿Qué te pasa, qué he dicho? No importa. Sí importa. Eso de que darías lo que fuera por parecerte a mí. Exactamente. ¿Pues sabes, Elisa? Yo daría todo por parecerme a ti. ¿Estás de broma? ¡No! Y vuelta a llorar. La abracé sin entender ni una mierda. ¿Estaba chalada? Pensé que sí, y que por eso estaba conmigo. Loca de remate. Pero no me importó. Lo vi como algo natural. ¿Quién sería amiga mía si no una chalada? Al día siguiente me preguntó por lo del beso. Le dije que la otra me había metido la lengua hasta la garganta y se rio. ¿No te ha besado ningún chico? No, solo esa chica ¿y a ti? Tampoco. ¿En serio? En serio. Pero con lo guapa que eres… ¡Basta con eso de que soy guapa! No te enfades. ¡Es que no paras de decirlo! Vale, perdona, no lo diré más, ni hablaré de tu pelo. ¡Por favor, en serio! Vale, vale. Corté porque volvía a tener los ojos vidriosos y no quería más lágrimas. Sin embargo, que con quince años —los acababa de cumplir y a mi me faltaban un par de semanas— ningún chico lo hubiera hecho, o al menos intentado… ¿No has tenido novio? No. ¿Por qué? Cuando un chico se me acerca, echo a correr. ¿Les tienes miedo a los chicos? Cosas mías. Se encogió de hombros. Va, en serio. Y me miró con sus increíbles ojos grises orlados por una enorme tristeza. De noche, en casa, le dije a mi hermana que había hecho una amiga. ¿Cómo es? Se lo dije. Mi hermana se puso seria y soltó un lacónico: Ya. ¿Qué pasa? ¿Por qué dices ya? Por nada. ¡Va, dímelo! No importa. ¡Sí importa! Mira, yo también tuve una amiga a los catorce años que no se parecía en nada a mí. Sí, ¿y qué? Pues que la escogí por una razón. ¿Cuál? Para que no me hiciera sombra. Me quedé a cuadros. ¿Se puede «escoger» a una amiga para destacar? Elisa, cuando dos chicas guapas van juntas y aparece un chico, puede ir a por cualquiera de las dos, y si a las dos les gusta el chico… Malo.

En cambio, si una destaca más que la otra, el chico se queda con ella, no hay color. Esto va así. Luego aprendes, valoras más otras cosas, pero a veces somos egoístas. No digo que no seáis amigas, porque yo lo fui, y mucho, de la mía. Pero me sentía cómoda a su lado porque no era una amenaza. Al día siguiente miré a Yolanda con otros ojos. Y a los dos o tres le pregunté por qué éramos amigas. Porque no nos parecemos en nada y eso es bueno. ¿No será para que destaques tú más? ¡No! ¿Cómo puedes creer eso? Perdona, es que… Me abrazó muy fuerte. Temblaba. Parecía incluso… emocionada. Hagamos algo loco, me propuso de pronto para cambiar de tema. Algo tuyo y mío, de nadie más. Algo que sea nuestro para siempre. ¿Como qué? No sé, pero algo que no hayamos hecho jamás, ninguna de las dos. Yo nunca he hecho cosas locas. Ni yo, por eso te lo digo. Parecía decidida, le brillaban las pupilas. Había algo en ella como de… desenfreno. Me cogió de la mano y tiró de mí. ¡Ven! ¿A dónde? ¡Quiero un chute de adrenalina! ¿No irás a comprar drogas? ¡No, tía! Corrimos sin parar hasta el cruce de la vía del tren con la carretera. Entonces se tendió sobre las vías a unos veinte metros, para que no la vieran los que iban en coche. ¿Qué haces? Vamos, ven, tiéndete a mi lado. ¿Estás loca? ¿No hemos dicho que haríamos algo que nunca hemos hecho? Pero esto… ¡Esto es para probarnos algo, Elisa! ¿Probarnos qué? ¡Que estamos vivas! Ya, y como venga un tren estaremos muertas. ¡No, nos levantaremos antes, pero hemos de ver acercarse a la bestia! ¿Llamas bestia a una locomotora que debe de pesar cien toneladas? ¿Tienes miedo? Pues sí. ¿No confías en mí? Confiaba hasta hace un rato, ahora no sé. ¡Elisa, demuéstrate que puedes! ¡Te sentirás de fábula! Yo miraba las vías del tren, con ella sentada en el suelo. No se veía nada en ninguno de los dos sentidos. Estábamos en medio de una larga recta. No sabía qué hacer. Pero era mi única amiga y me pedía algo. ¿De locos? Sí, pero quizá tuviera razón. Yo me sentía como la peor de las chicas. Seguro que ninguna había hecho algo como lo que me proponía Yolanda. ¡Nos levantaremos a tiempo! ¿Cómo estás segura? ¡Somos ágiles! ¡Se trata de ver cuánto aguantamos! ¿Por qué quieres jugarte la vida? Y me dijo aquello: ¿Qué es la vida? Y yo, pues… Y ella: mejor vivir cinco minutos a tope sintiendo algo que setenta años vacíos sin nada. Un día lo recordarás y te sentirás bien. De pronto, en el cruce con la carretera, se escuchó la campanilla y bajó el paso con

la barrera para que los coches esperasen. Iba a venir un tren. Elisa, hazlo o no te hablaré más. Incluso es posible que no me aparte. ¿Qué dices? Ya, da el paso. Ahora o nunca. Y lo hice. Lo di. Me puse a su lado. Me cogió de la mano y me obligó a sentarme. Tranquila. No lo estoy. Yo te aviso. Yolanda… A lo lejos vimos la mancha oscura del tren. Joder… se acercaba a toda leche. En un momento parecía un punto perdido y al siguiente ya casi estaba allí. El maquinista debió vernos, porque tocó la alarma. Venía, venía recto. Yolanda sentada. Yo a su lado. Doscientos metros. Cien metros. Cincuenta metros. Ya no pude más y salté hacia la seguridad más allá de las vías. Miré a Yolanda. No se movió. Sonreía. Desafiaba al tren. Veinticinco metros. ¡Yolanda! Quince metros. ¡Sal ya! Diez metros. Cerré los ojos para no ver cómo el tren la arrollaba, y en ese instante sentí el viento huracanado del convoy pasando por mi lado. No quería volver a abrirlos. Estaba aterrada, fría, muy fría. Hasta que, de pronto, oí su voz. No ha estado mal, ¿eh? Abrí los ojos y allí estaba ella, a mi lado, sonriendo orgullosa. Casi la mato. ¡Me has dado un susto de muerte! No es para tanto. ¡Pensé que habías muerto! Ya te dije que saltaría a tiempo. ¡Joder, Yolanda! Estás temblando. ¿Cómo no quieres que tiemble? ¿Pero no ha sido genial? ¡No! Yo diría que sí. ¡Pues no! Mírame a los ojos y dime que no otra vez. La miré y ya no pude. ¡Estaba feliz! Pocas veces la vi tan animada. Vámonos, no sea que el maquinista haya dado un aviso y nos detengan. Tiré de ella. Nos alejamos, yo todavía con el corazón a mil y ella como si tal cosa. Acababa de desafiar a la muerte. Caminamos un rato en silencio. Y cuando nos íbamos a separar, me cogió de las manos y me dijo: Prométeme una cosa. ¿Cuál? Que si un día tienes una hija, le pondrás Yolanda. Hecho, y tú Elisa a la tuya. Yo no tendré hijos. Eso dicen todas. Yo no. ¿Por qué? Porque nunca me casaré. Bueno, no hace falta casarse. Tampoco tendré pareja. ¡Anda ya! Para tener pareja hay que estar enamorada. Y yo nunca me enamoraré, Elisa. Sí, ya, eso lo dices ahora. En serio, nunca. ¿Por qué? Y pronunció aquellas tres palabras tan misteriosas: porque no puedo.

Sesión segunda

—¿Qué tal?

—Bien.

—Pareces relajada.

—Que le den a usted lo que me dan a mí y verá lo relajada que está.

—Te aseguro que no es mucho.

—Pues a mí me sienta de la hostia. Parezco flotar.

—¿Estás flotando ahora?

—No.

—¿Podemos hablar?

—Va a ser que sí, ¿no? Si me sale mi lado borde me pondrá una mala nota.

—Yo no pongo malas notas.

—¿Aquí hay celdas de castigo, módulos de aislamiento y cosas así?

—No.

—No la creo.

—Has visto demasiadas películas.

—¡Uy, sí! *Electroshocks*, duchas de agua fría… y de noche los enfermeros te violan.

—No estés a la defensiva.

—Digo lo que pienso. Si no es así, mejor.

—Aquí cuidamos a las personas.

—Como en un hotel.

—¿Te sientes poco cuidada?

—Me siento observada, vigilada… Nada de objetos punzantes, nada de cordones, vigilar mi boca para que no escupa las pastillas, la sargento mayor con su cara de perro…

—¿Quién es la sargento mayor?

—La Peláez.

—Bueno, sí, tiene cara de bulldog, no lo niego.

—¡Y encima se ríe!

—Nunca la habían llamado sargento mayor.

—Si con uniforme de enfermera es así, póngale uno de militar y verá. ¿No dicen que si tienes un martillo buscas clavos que clavar? Pues si te dan un uniforme, todo depende del tipo que sea.

—Venga, comencemos la sesión.

—¿Hoy que toca?

—Nada, solo charlar, como ayer.

—¿Habrá muchas sesiones?

—Las que haga falta.

—Y si la convenzo, ¿me dará el alta?

—Así es.

—¿Y si la convenzo y luego vuelvo a intentarlo, se sentirá mal?

—No se dará el caso.

—¿Se le ha matado alguna que haya sido dada por curada?

—No.

—Ya, que va a decírmelo.

—Cuando salgas puedes mirar en Internet.

—O sea, que usted… mano de santo.

—No. Yo hago mi trabajo. Todo depende de ti. El primer paso para que alguien se cure, de lo que sea, es reconocer que está enfermo. Tú intentaste matarte, pero en el fondo no querías hacerlo.

—¿Ah, no?

—No. Solo fue un grito.

—¿Le parece esto un grito?

(Anotación: me muestra las muñecas vendadas).

—El que quiere matarse, por lo general, lo hace. El que lo intenta, dejando tanto margen para ser salvado, es porque, en el fondo, aunque sea muy muy en el fondo, algo lo retiene con vida. Basta un destello. Pero claro, existe el riesgo de que ese margen, al final, no sirva. A ti te fue de un pelo.

—¿Cuál fue mi margen?

—Piénsalo.

—No, dígamelo usted.

—No es el momento. Explórate a ti misma. Habrá tiempo de llegar a eso. Lo único que importa ahora es que estás viva y tienes una

segunda oportunidad.

—Yo no pensé en ningún margen.

—Tu subconsciente sí.

—¡No me jorobe!

—Elisa, calma.

—¡Quise matarme y me salió mal! ¡O sea que no sirvo ni para eso! ¡Menudo genio soy!

—Cuanto toque te demostraré que estás equivocada.

—¡No, hágalo ahora!

—Puedo dar por terminada la sesión y seguimos mañana.

—¿Va a castigarme?

—No, te lo he dicho antes. No soy una maestra ni pongo notas como en una escuela. Pero has de colaborar. Es lo único que te pido. Eso y que confíes en mí.

—Ya, y tan amigos.

—Aquí soy tu médico, no tu amiga. Pero ahora mismo solo me tienes a mí. Déjame ayudarte. ¿Ves esa ventana? Pues ahí afuera hay un mundo esperándote. No le defraudes a él ni te defraudes a ti misma.

—No, si hablar habla bien.

—¿Empezamos la sesión de una vez?

—Oiga, yo…

—Elisa.

—Vale, vale.

—¿Tienes sueños? ¿Ves alguna luz en tu futuro?

(Anotación: después de tener que lidiar con sus ganas de pelea y de escaquearse, la paciente se calma, me mira con tristeza a raíz de mi pregunta, aunque también con ira y mucho mucho dolor, y responde con sosiego).

—Sueño con estar delgada y ser guapa.

—Eres guapa, pero no sabes verlo.

—Ya.

—Ves lo que quieres ver, pero no más allá.

—¿Y el peso?

—Hay formas de tener una vida sana, perderlo o, si no se puede, aceptarlo y mantenerte equilibrada.

—Usted está delgada.

—Elisa, todo el mundo tiene problemas. El que diga que no, miente.

—¿Cuáles son sus problemas?

—¿Quieres que nos cambiemos, yo me siento en tu lugar y tú tomas mi puesto?

—No estaría mal.

—Cuando estés bien lo hacemos.

—Venga, dígame solo un problema.

—Soy fumadora.

—¿Ese es su problema?

—Me has pedido uno. Y para mí es el más grave. He conseguido reducir al mínimo los cigarrillos al día, pero aun así… Y ahora, punto. Sigamos. Hablábamos de sueños.

—Ya le he dicho…

—No, me refiero a sueños de futuro. ¿Trabajo, viajes, expectativas…?

—Oiga, quise matarme. No tengo expectativas.

—Tu intento de suicidio fue un hecho puntual. Estoy segura de que antes tenías sueños. Y también ahora si miras debajo de esa coraza en la que te escondes.

—Yo no me escondo en…

—Elisa, por favor…

—¡Jo, si es que le saca punta a todo!

—Y tú no paras de marear la perdiz para no responder.

—¿Y qué quiere que le diga?

—Será mejor acabar por hoy.

—¡Eh, eh! ¿Por qué se levanta?

—Vuelves a tu habitación. Seguiremos mañana.

—¡No!

—¿Por qué no?

(Anotación: la paciente parece a punto de llorar).

—¡No pase de mí!

(Anotación: es un primer intento de pedir ayuda. Quizá haya que llevarla el límite, aunque no me guste hacerlo. Nunca se sabe cómo van a reaccionar. He de averiguar si esa capa de intransigencia bajo la cual se esconde es muy gruesa o si, por el contrario, es frágil).

—No paso de ti, pero me lo pones difícil.

—Lo siento.

—No soy tu enemiga. Estoy aquí para ayudarte.

—Lo sé.

—Tú no eres tonta y yo no soy tu madre, así que no te hagas la adolescente rebelde conmigo. ¿Te sientes feliz aquí?

—No.

—¿Quieres salir?

—Sí.

—Pues colabora.

—Ya lo hago.

—No, no lo haces. Habla conmigo. Es todo lo que te pido. Hay psiquiatras con métodos más drásticos. Te diré una cosa: no te asignaron a mí, yo pedí tu caso.

—¿Ah, sí?

—Leí tu ficha y me interesó.

—¿Por qué?

—¿Nunca has querido leer una novela con solo ver la cubierta?

—Sí, supongo que sí, pero dicen que la tapa puede no tener ninguna relación con la historia.

—Pero te atrae, igual que te atrae un chico por el aspecto exterior, aunque luego, al hablar con él, ves que es idiota.

—¡Ahí sí le ha dado!

(Anotación: se ríe).

—Por tercera vez: sueños y expectativas. Responde o me voy y regresas a tu habitación.

—De niña quería ser enfermera.

—¿Alguna razón?

—Ya le hablé de mi abuelo. Yo era la que más le cuidaba.

—¿Lo hacías porque era tu abuelo y le querías o porque sentías la necesidad de hacerlo?

—Las dos cosas.

—¿Aún quieres ser enfermera?

—No, ya no. Después de morir él… me sentí defraudada, como si le hubiese fallado o… bueno, como si la vida me hubiese fallado a mí.

—Me dijiste que murió durmiendo.

—Sí.

—¿Quién lo encontró muerto?

(Anotación: mirada vidriosa, semblante pálido).

—Yo.

—¿Fue duro?

—Sí.

—¿Cómo reaccionaste?

—Me… senté a su lado, en la cama, y le cogí la mano. La tenía ya muy fría. Me quedé así un rato, hasta que entró mi madre y se dio cuenta de lo que pasaba.

—No avisaste, te quedaste con él.

—Sí.

—¿Por alguna razón?

—Quería acompañarlo, estar a su lado. Lo sentí como algo muy mío. Fue como si el tiempo se congelara.

—¿Lloraste?

—En ese momento no.

—¿Te quedaste bloqueada?

—Y muy triste, sí.

—¿Y después, lloraste?

—Tardé.

—¿Cuánto?

—Lloré un mes más tarde, y sin venir a cuento. Ni en el entierro, ni en las misas… Pero un mes después… De pronto olí algo que me lo hizo recordar y me vine abajo. Fue como si tuviera un tapón en el alma y se abriera de golpe, con un simple aroma. En ese instante comprendí la realidad, supe que nunca más volvería a verle ni le escucharía contar sus historias.

—Te costó aceptar su muerte.

—La muerte es una putada si quieres vivir. Y mi abuelo quería vivir, se lo aseguro.

—¿No crees que cada vez que te sucede algo malo, te sientes culpable tú de alguna forma?

—No sé. Puede.

—Cuando renunciaste a tu sueño de ser enfermera…

—Pensé que podría ser cantante.

—¿En serio?

—Sí. Ha habido muchas cantantes gordas famosas. Las busqué en Internet.

—¿Por qué empleas la palabra gorda siempre?

—Porque lo soy y porque es lo que hay. ¿Qué pasa, que ahora todo hay que decirlo «políticamente correcto», obesa o persona con problemas de peso en lugar de gorda, afroamericano o persona de color en lugar de negro, discapacitado y minusválido en lugar de retrasado o subnormal? ¿No le parece que es rizar el rizo?

—Esas palabras se utilizaban siempre en sentido ofensivo.

—¡Pues aún se usan! ¡Vaya a mi escuela y verá! ¡Hay un buen surtido: el tartaja, el cuatrojos, la pecas, la tontalculo, la…

—Tranquila.

—Vale.

—No nos apartemos del tema. Querías ser cantante.

—Eso duró apenas nada. No tengo voz ni sé moverme. Tras eso ya me bloqueé, o como quiera llamarlo. No vi ningún futuro delante de mí. Pensé que lo mejor que podía hacer era subsistir día a día, verlas venir.

—¿Verlas venir?

—Una puede ir hacia un lugar o a por algo, esforzarse, cansarse, pelear… o esperar sentada a que eso, lo que sea, llegue, y entonces reaccionar en consecuencia.

—¿Y si nunca llega eso, lo que sea?

(Anotación: la paciente no contesta, hace uno de sus gestos característicos, encogerse de hombros).

—Pues te quedas sentada igual.

—¿No crees que en la vida hay que ir a por las cosas?

—¿Y si nunca atrapas ninguna? ¿Y si alguna llegas incluso a rozarla con los dedos y se te escapa por nada? ¿Entonces qué?

—No siempre será igual. Hay que aceptar los fracasos tanto o más que los éxitos.

—Yo he fracasado siempre.

—Habla tu lado negativo.

—¿Tengo uno positivo?

—Todos lo tenemos. Es el equilibrio optimismo-pesimismo. ¿Sabes lo que es la experiencia?

—Lo que se gana con los años, supongo.

—No. La experiencia es la suma de nuestros errores.

—Así que si llego a los cincuenta o los sesenta, ¿tendré mucha

experiencia?

—Tú llegarás a los ochenta o noventa, puede que incluso a los cien con todo lo que se está descubriendo en la tecnología actual.

—Es usted increíble.

—¿Ningún sueño más?

—No.

—¿Por qué no te creo?

—Porque si no tiene por donde meterme mano no sacará nada, así que se aferra a sus sueños de médico, no a los míos de paciente.

(Anotación: es la primera vez que se llama «paciente». Y la primera en la que muestra una lucidez superior, a la altura de las expectativas).

—Sabes que eres inteligente, ¿verdad?

—Eso dicen.

—Y qué tu coeficiente intelectual está muy por encima de la media.

—Sí.

—¿No tienes nada que decir al respecto?

—¿De qué sirve eso del coeficiente intelectual?

—Puedes estudiar lo que desees, por ejemplo.

—Mire, a veces ser lista es lo peor.

—¿Por qué?

—Unas veces, porque te crees diferente, incluso mejor. Y otras porque te das cuenta de que, justamente, lo mejor es no destacar, quedarte en el lado oscuro, donde nadie pueda verte, pero donde te machacan igual a la que te pillan. En el primer caso, creerte diferente, acaban bajándote a tierra a base de hostias y es peor que el segundo. La mayoría de la gente es mediocre.

—¿Por qué te esfuerzas tanto en querer parecer cínica?

—Porque lo soy.

—No. Hablas como una persona de noventa años a la que la vida ha dado por todas partes.

—¡Mierda!, ¿y qué diferencia hay entre tener quince años o noventa? ¡Joder! En un caso o en otro, es toda una vida, ¿no?

Elisa
3

No le hablé a nadie de Yolanda. Era mi amiga. MI amiga. No iba a compartirla con otros. No quería llevarla a casa y que mis padres la vieran y me asaetearan a preguntas. Ni quise que conociera a mi hermana en persona, porque quizá fueran tal para cual y Yolanda la admirase o acabase rendida. A mi hermana ya le había dicho que tenía una amiga guapa, delgada y rubia. Y me dijo aquello de que podía ser para destacar, vaya cosa. Yolanda no tenía hermanos ni hermanas. Un día me dijo que le habría gustado tener una hermana mayor, como yo, porque una iba por la vida más segura si tenía un ejemplo cerca. Nunca lo había pensado. Tampoco quise ir a su casa. Entonces seguro que le iban a preguntar a ella cómo es que salía con un feto como yo. ¿Y si, a pesar de todo, yo le daba pena, como aquel chico del colegio que sentía lástima de mí por ser gorda? No, mejor disfrutar a solas, las dos, aunque fuera con locuras como la de las vías del tren. Y no fue la única. Una vez entramos en unos almacenes a curiosear. Vamos a robar algo. ¿Estás loca? Será emocionante, tía. Nada de valor, una goma para el pelo o unas bragas de rebajas, el caso es hacerlo. Yo no voy a robar nada. ¿Tienes miedo? ¡Pues sí! Un día serás vieja y no tendrás recuerdos chulos. ¿Llamas recuerdo chulo a robar una goma o unas bragas de rebajas? Lo que importa es el hecho en sí, las agallas que le eches, no el valor de lo que robes. Yolanda, si nos pillan llamarán a la policía. Somos menores de edad, no te mandan a la cárcel por eso. Lo tomarán como una chiquillada. Pero llamarán a casa y a mi madre le dará un patatús. Luego mi padre me matará. De acuerdo, no lo hagas tú, pero cúbreme. ¡Yolanda! ¿Me hizo caso? Para nada. Se acercó a una especie de saco con bragas de todos los colores que costaban un euro cada una, cogió unas muy rojas, estridentes, y se las puso en el bolsillo de la cazadora como si tal cosa. Luego regresó a

mi lado. ¿Lo ves? Fácil. ¿Y si suena la alarma al salir? No, porque no tienen esa pieza que se desactiva en caja. ¿No ves que están de rebajas y valen un euro cada una? ¿Quién va a preocuparse de algo así? Va, te toca. Me empujó y me vi frente al saco. Eran bragas baratas, finitas, transparentes, más de fantasía que de otra cosa. A Yolanda le iban, pero a mí, con mi culo… Pero sea como sea, ella quería que lo hiciese, confiaba en mí. Era MI amiga y no podía fallarle. Así que cogí unas de color verde, tan chillonas como las rojas de ella, y ni siquiera las guardé. Demostré mis agallas llevándolas en la mano. ¡Bien, eres genial, ¡una crack! Vámonos ya, por si acaso. ¿Robamos un perfume? ¡No! Caminamos hasta la puerta, yo muy asustada, y vimos a un segurata al lado de los aparatos que suenan si te llevas algo sin pagar. Estuve a punto de detenerme. Yolanda pasó la primera. Nada, ninguna alarma. Yo la seguí y una vez en la calle continuamos andando tal cual. Al día siguiente ella llevaba las bragas que había robado. Yo eché las mías a una alcantarilla. La tercera demostración de lo que era capaz fue el día de la bicicleta. Llegó con una a nuestra cita y me dijo que la siguiera, solo eso. Le pregunté, pero nada. Subimos a una loma bajo la cual pasaba una carretera con bastante tráfico, al otro lado de la cual se extendía un campo de fútbol vacío en ese momento. Una vez en lo alto de la loma tomó aire. Solo me dijo una cosa: Si sale mal, recoge mis pedazos, ¿eh? Y se lanzó a tumba abierta loma abajo, en dirección a la carretera. Yo me quedé sin aliento. Pensé que el reto era frenar al límite, justo al llegar a la calzada. Pero no. En lugar de eso aceleró, y aceleró más. A mí se me paró el corazón y un chorro de sangre caliente me invadió el cuerpo de arriba abajo. Comprendí qué pretendía: cruzar la carretera y llegar al campo de fútbol. Pero cruzarla sin que un coche la atropellara en ninguno de los dos sentidos era… una lotería. Jo, nunca he rezado, pero le pedí a Dios que si la atropellaba un coche la matara de inmediato, que no la dejara tetrapléjica o algo parecido. Finalmente, al llegar a la carretera, ¡zas!, la pasó de lado a lado. Un coche hizo una maniobra peligrosa para eludirla. Otro frenó y de milagro no le dieron por detrás. Alucinada, vi como Yolanda pedaleaba por el campo de fútbol, alejándose de los conductores que la insultaban puño en alto. Cuando volvimos a reunirnos estaba como una moto. ¿A que ha sido tope? ¡Casi te matan! Pero no lo han hecho. ¿Por qué te juegas la vida? Venga, Elisa, ¿y qué

es la vida? ¡Joder, estás zumbada! Se encogió de hombros. ¡Como vuelvas a hacer algo así, no te veré más! ¿En serio dejarías de ser mi amiga? ¡Sí! Vale, pues te prometo que me portaré bien. ¡No te creo! Te lo juro, ¿vale? Algo me hacía imaginar que Yolanda quería vivir peligrosamente. Nada más. Hay quien se hace *selfies* retando a la muerte, colgada de una cornisa sobre el vacío o saltando de un balcón a una piscina, y hay quien necesita un chute de adrenalina. Pero por lo menos ahí acabaron sus desafíos. Yolanda y yo no hablábamos de chicos ni de nada que se le pareciera. No era una de esas locas *fans* de algún guaperas. En esto nos parecíamos, aunque yo, secretamente, sí me fijaba en alguno, sobre todo por sus letras. Pensé que quizá por ello nos habíamos hecho amigas. Aunque la verdad es que si me paraba a pensar me daba cuenta de que sabía muy poco de ella. Parecía abierta y no, hablaba y hablaba, pero no revelaba nada de sí misma. Tampoco hacía planes. No decía «el año que viene» o «el próximo verano». ni siquiera «la semana que viene» o «pasado mañana». Coincidíamos en el aquí y ahora. Ahora soy consciente de muchas cosas, pero entonces no lo era. Mi vida había cambiado a mejor. Por lo menos tenía a alguien que no fueran mis padres o mi hermana. Hermana a la que, por cierto, una tarde pillé en casa montándoselo con su novio. Oí ruidos, creía que no había nadie, me acerqué a su puerta y, tonta de mí, pensé que le sucedía algo grave, porque todo eran jadeos y gemidos. ¡Qué susto! Ni me lo pensé: abrí la puerta. Lo primero que vi fue un culo subiendo y bajando y a mi hermana debajo. Los dos volvieron la cabeza hacia mí. La única que habló fue ella. Gritó dos cosas: ¡Vete! y ¡Sigue! Lo primero a mí y lo segundo al maromo. Me sentí muy avergonzada, culpable. De pronto aquella imagen de mi hermana haciéndolo iba a acompañarme toda la vida. Cerré le puerta y me fui de casa. Por la noche ella me dijo que no abriera la boca. Pues claro que no voy a decir nada, ¿por quién me tomas? Gracias, te quiero. Te debo una. Así que los días siguientes estaba de un amable conmigo… Bueno, aprendí eso de que la información es poder. Había un tema pendiente con Yolanda. No me quitaba de la cabeza aquellas tres palabras suyas al hablar del amor y de enamorarse: porque-no-puedo. Le di muchas vueltas a la cabeza. ¿No podía? ¿No quería? ¿Las dos cosas? Pero cada vez que trataba de dirigir la conversación hacia esos derroteros, ella se zafaba. ¡Va, no

hablemos de tíos, qué aburrido! ¿El amor, qué es el amor? ¿No crees que es una burla de la naturaleza? Los animales no se quieren: se unen por instinto y porque saben que han de reproducirse. No lo hacen por placer, lo hacen porque han de hacerlo. El amor es un invento humano. ¡No es más que física y química! Ni la vista, ni el oído, ni el sabor, ni el tacto, ¡el sentido más importante es el olfato! ¡Por ahí entra todo! ¡No lo sabemos, pero olemos a distancia, aparecen las feromonas, y si las de una persona y las de otra conectan, ya está! ¡Nosotros no hacemos nada! ¡Son las feromonas las que se lo pasan en grande! ¡Antes de que nos demos cuenta, ellas ya están follando alegremente en el aire! Sí, ya, pero ¿por qué «no podía». ¿Una promesa, un juramento, iba a hacerse monja y no me lo había dicho? Al final acabé rindiéndome, porque con Yolanda la vida era un torbellino diario. Y eso que no nos veíamos cada día, porque ella faltaba mucho a clase y algunas tardes tenía que irse corriendo a casa. Vale, sí, creía conocerla bien, pero nunca se acaba de conocer a las personas. Vale, sí, pensaba que nos lo contábamos todo, y no es cierto, porque cada cual se guarda algo dentro de sí, tal vez como salvaguarda, tal vez como garantía de supervivencia, tal vez como parte de una defensa de la identidad propia. Por eso lo que pasó me desconcertó tanto. Encima, me lo dijo como si tal cosa: ayer lo hice. ¿Hiciste qué? Me acosté con un chico. ¿Qué? Sí, fue algo curioso. Ni mucho menos como esperaba, pero sí curioso. ¿Cómo que te acostaste con un chico? No estaba previsto, pero teníamos la oportunidad y lo hicimos. Quería estar segura. ¿Segura de qué? De que podía, de que valía la pena… No sé, eso. ¿Y valió la pena? No, la verdad es que no. Ahora sé que si no sientes nada por el otro, no vale la pena. El sexo por el sexo es aburrido. ¿Quién era él? No le conoces, es de mi calle. ¿Qué edad tiene? Dieciséis. ¿Pero cómo pasó? Mi madre me mandó a comprar una cosa. Estaba él solo en la tienda y ya cerraba. Me hizo pasar para enseñarme su colección de cómics, y una vez dentro me dijo que yo le gustaba mucho y todo ese rollo. Estábamos en su habitación, había una cama. Le miré y le dije: ¿Quieres hacerlo? ¡El pobre se puso blanco! ¡Tartamudeaba! Yo fui la primera en desnudarse. ¡Casi se le salen los ojos! Le di un beso que no me supo a nada y nos tendimos en la cama. Él se puso encima. Creo que también era su primera vez, ¿sabes? Cuando lo hizo me dolió, sentí un

pinchazo. Ni placer ni nada: dolor. Es lo normal, sí, vale, pero una espera que la primera vez sea algo más. Qué chasco. En menos de un minuto él ya estaba gimiendo y haciéndoselo, porque le pedí que hiciera marcha atrás. No duró nada. Seguimos un rato en la cama, luego me vestí y me fui. ¿Y ya está? Sí, ya está. ¿Nada más? Bueno, fue un experimento. ¿Igual que lo de las vías del tren o cruzar la carretera con una bicicleta a toda leche? Sí, más o menos. ¿No pensaste en guardarte para el amor de tu vida o algo así? Y me miró y me dijo que era una romántica y, de pronto, se echó a llorar, y yo a cuadros, y ella abrazada a mí, y yo sin saber qué hacer y dándome cuenta de que a Yolanda le pasaba algo. Algo que no quería contarme. Algo como que, a lo peor, estaba loca, e iba al psiquiatra, y tenía problemas. Lo cual sería lógico y normal si quiso ser mi amiga.

Sesión tercera

—¿Has tenido relaciones sexuales?

—¿Yo?

—Sí, tú.

—¡Qué voy a tener yo relaciones sexuales!

—¿Te gustaría?

—¡Y yo qué sé! ¡Cuando llegue el momento!

—¿Te masturbas?

—Pues claro.

—¿Desde cuándo lo haces?

—Medio año, más o menos.

—¿Sientes placer?

—Sí, supongo.

—¿Solo lo supones?

—Bueno, me gusta. Me dan escalofríos y todo eso.

—¿Cómo te concentras?

—¿Qué quiere decir?

—¿Cierras los ojos?

—Sí.

—¿Qué ves o imaginas para llegar a sentir algo?

—Pues veo lo que todas, imagino.

—¿Y es?

—¡Jo, chicos guapos, cantantes, actores!

—¿Ves porno por Internet?

—No.

—¿De verdad?

—De verdad. Una vez vi algo y me dio asco.

—¿Cómo lo viste?

—De casualidad. Buscaba una cosa y apareció un enlace con una página que resultó ser porno. Le di al *play* por casualidad y salió eso.

—¿Tu hermana te habla de sus relaciones con los novios?

—No.

—¿Le preguntas?

—No, tampoco.

—¿Alguna amiga te ha instruido…?

—Yo no tengo amigas.

—Elisa…

—Yo no tengo amigas. Ahora estoy sola.

(Anotación: más que mirarme, me atraviesa. Sus ojos son duros como dos piedras. Sé que miente).

—«Ahora estás sola».

—Sí.

—¿Por qué precisas que es «ahora»?

—No le busque tres pies al gato, ¿vale?

—¿Te duele?

—¿Si me duele qué?

—No tener amigas… ahora.

—No.

—¿Por qué?

—Porque si tienes una amiga te acaba doliendo.

—Explícate.

—Por favor…

(Anotación: la paciente baja la cabeza y se pasa una mano por los ojos y la frente. Hay algo muy profundo que le pesa y que no va a ser fácil sacar a flote).

—Te he preguntado si alguna amiga te había instruido. Cambiemos la palabra *amiga* por *alguien*. ¿Alguien te ha instruido, explicado cosas…?

—Una vez una chica me dio un beso.

—¿Ah, sí?

—Era lesbiana y pensó que yo también lo era, o que podía interesarme.

—¿Le diste pie a que lo pensara?

—¡No! Simplemente le gustaba. Ya ve: la única persona a la que he gustado en este sentido y era bollera… ¡Oh, perdón, palabra «políticamente incorrecta»! ¿Debo decir miembro del colectivo LGTBynosécuantasinicialesmas?

—¿Cómo reaccionaste?

—Le dije que no se pasara y eso fue todo. Aunque también lloré.

—¿Te dolió que pensara que eras lesbiana?

—Supongo, sí, no sé. No le di muchas vueltas. Me sentí rara y ya.

—¿Te sientes heterosexual?

—Pues… sí.

—¿Alguien te ha hablado de la primera vez y esas cosas tan románticas?

(Anotación: la paciente se pone tensa. Vuelve a mentir. Las pupilas se le encogen cuando lo hace. Un sobresalto interior que apenas tiene consecuencias demasiado visibles en el exterior).

—No.

—Muchas niñas, de diez u once años, incluso doce, se tapan los ojos cuando en una película hay un beso.

—Yo nunca lo hice.

—¿No te daba vergüenza?

—Me habría dado vergüenza si hubiera visto a mis padres, al natural, pero en una película, con personas que actúan…

—¿Viste alguna vez a tus padres dándose un beso?

—No son de esos.

—¿De esos cómo?

—Pues de esos que se hacen carantoñas.

—Pero se quieren.

—Sí, supongo que sí.

—¿Nunca los has oído de noche?

—No. Y si mi hermana lo ha hecho, ya que eran más jóvenes cuando ella era niña, nunca me lo ha dicho.

—¿Crees que eres sexualmente activa?

—Ni idea, oiga.

—¿Sientes deseos?

—No. ¿Para qué? Es como tener hambre y no disponer ni de un euro para comprar pan.

—Pero el hambre, como el instinto sexual, es algo innato, incontrolable. Está ahí.

—¿En serio busca un componente sexual en lo que me haya pasado o me vaya a pasar a partir de ahora?

—Todo es posible. A veces una cosa que nos sucedió a los pocos

meses, y que hemos olvidado, nos cambia la vida y nos marca para siempre. Está ahí, en el subconsciente. Permanece oculto, pero nos afecta. ¿No recuerdas nada que te haya sucedido siendo pequeña?

—¿Como jugar a médicos con el vecino?

—Por ejemplo.

—Pues no jugué a médicos con ningún vecino.

—¿Ningún niño te puso la mano encima o…?

—No, que yo recuerde. Oiga…

—¿Qué?

—¿Hoy va a ir todo de sexo?

—No va de sexo, Elisa.

—¿Ah, no? Pues ya me dirá.

—Muchos de nuestros traumas tienen que ver con el sexo, sí, pero esto no va de sexo, sino de ti, de tu relación íntima con el entorno y contigo misma. Has dicho varias veces que te ves mal, que te sientes mal…

—Gorda. Dígalo.

—No, eso lo dices tú, quizá para castigarte.

—¿La verdad es un castigo? ¿No dicen que hemos de enfrentarnos a nuestros miedos y a nuestros fantasmas?

—Hay que hacerlo, pero si se es masoquista no sirve de mucho. Y déjame seguir. Has dicho varias veces que te ves y te sientes mal. Intrínsecamente eso tiene un componente sexual.

—Me he perdido.

—Queremos estar bien con nosotros mismos, pero también para gustar a los demás. A tu edad es lo más lógico: gustar, pertenecer a algo, un grupo, una tribu urbana, interesar a un chico. En el mundo animal vemos ejemplos asombrosos de lo que se hace para seducir a una pareja. En el mundo humano no hay tantas diferencias.

—Mire, tengo quince años, soy virgen, no he tenido contacto con ningún chico, no recuerdo que nadie me haya tocado el cu… el trasero nunca, no he oído a mis padres hacerlo, no veo porno… ¿Qué más quiere que le diga?

—¿Eres feminista?

—Sí.

—Cuando oyes hablar de una violación, ¿qué piensas?

—Creo que hay tres delitos que merecen lo más: matar a una

persona, secuestrar a alguien y violar a una chica, más si es en grupo.

—Eso demuestra cierto compromiso social, ¿no crees?

—No, lo que demuestra es que esas cosas me dan rabia.

—Yo tengo la impresión de que eres una luchadora.

—Pues se equivoca.

—Tienes carácter.

—Algo he de tener, supongo.

—Por mal que te sientas contigo misma, no encajas en el perfil de una persona que ha tratado de quitarse la vida.

—¿Hay un perfil?

—Sí.

—¿Y me lo puede decir o he de mirar en Internet cuando salga… si es que salgo?

—O me lo estás ocultando, o no tienes ningún trauma característico que te llevara a tomar la decisión que tomaste.

—La gente hace cosas raras, ¿no?

—Mucho, y a menudo, pero llegar a un extremo tan drástico…

—¿Usted no se ha levantado nunca con el pie izquierdo?

—Claro que lo he hecho.

—¿Y no ha tenido un mal día?

—También.

—¿Y una mala época, de esas en las que todo te sale mal y parece que solo te pase a ti?

—Ningún ser humano escapa a esas cosas. Pero de ahí a intentar suicidarse…

—¿Se ha subido a un lugar alto, ha mirado hacia abajo y ha sentido el irresistible deseo de saltar?

—Es algo de lo más común.

—Pues yo llegué a casa, me metí en la bañera, cogí una cuchilla de afeitar y me corté las venas.

(Anotación: la paciente habla con una entereza impropia, como si contara algo de lo más trivial).

—¿Qué pensaste al hacerlo?

—Que por fin iba a ser libre.

—¿Libre de qué?

—No sé, de todo.

—Reformularé la pregunta: ¿qué pensaste ese día al levantarte?

—Nada. Era un día como otro cualquiera.

—¿Te sucedió algo?

—No.

—¿Viste algo?

—No.

—¿Tuviste pensamientos extraños?

—No.

—Cuando ibas a casa, ¿qué tenías en la cabeza?

—Darme un baño.

—¿Por qué? ¿No te habías duchado por la mañana al levantarte?

—No tengo ni idea de por qué. Pero pensaba en ese baño, el agua caliente, el silencio, la paz…

—Llenaste la bañera de agua, te desnudaste y te metiste dentro.

—Sí.

—¿La cuchilla de afeitar estaba a la vista o la cogiste expresamente?

—Estaba a la vista.

—Así que todo lo que hiciste fue cogerla y…

—Cortarme, sí.

—¿Como un mero acto reflejo?

—Exacto.

—¿Alguna vez te habías cortado?

—No, nunca.

—Sabes que hay chicas que lo hacen, se cortan en los brazos para aliviar su dolor interno. Pueden tener treinta o cuarenta cortes de la muñeca al codo.

—Sí, lo sé. Lo leí.

—¿Qué sentiste al cortarte?

—Nada.

—¿Dolor?

—No, nada.

—Pero eso duele.

—Ya le digo que no sentí nada. Era como si no fuera yo, como si estuviera viendo una película. La que se cortaba las muñecas era la actriz. Yo estaba impasible.

—¿Y al ver salir la sangre?

—Metí las manos bajo el agua y cerré los ojos. Recosté la cabeza en

la bañera y ya está. Recuerdo el silencio. Una clase de silencio como jamás había escuchado.

—¿Sabes el tiempo que pasaste antes de que apareciera tu madre?

—No.

—Te alarmó su grito.

—Sí. De pronto todo se agitó: adiós al silencio, voces, carreras, los vecinos… Por suerte perdí el conocimiento.

—¿Te despertaste ya en el hospital?

—Sí.

—Vuelta a lo mismo: ¿qué sentiste?

—¿Qué quiere decir?

—¿Fue una sensación de fracaso por seguir viva, de alegría por estarlo…?

—Ni una ni otra. Seguía en la película. No era yo.

—¿Cuándo fuiste consciente de que sí eras tú?

—Cuando vi llorar a mi hermana.

—¿Con tu padre y tu madre no…?

—No. Con mi hermana. Me gritó: «¡No me hagas esto, tía! ¿Vale? ¡No me hagas esto, joder!». Yo no sabía de qué estaba hablando hasta que lo pillé. Entonces sí reaccioné. Claro, si me moría yo, ella se quedaba sola, con toda la mierda encima, controlada, vigilada, la vida en un puño…

—¿Qué te dice eso?

—No sé. ¿Que quiero a mi hermana?

—¿Por qué no te afectó tanto ver llorar a tus padres?

—Porque mi padre no lloró, estaba callado, silencioso, como avergonzado, con la cabeza baja y la mirada perdida en el suelo, sin atreverse a levantarla para verme en la cama del hospital. Mi madre ya lloró por él. No paraba de preguntar: «¿Por qué? ¿Por qué, Señor? ¿Qué hemos hecho mal?».

—Los padres siempre se sienten responsables de los actos de sus hijos.

—Pues no deberían.

—Siempre ha sido así, y siempre lo será.

—¿Tiene usted hijos, doctora?

—No te desvíes. Todo esto es importante.

—Pues ya lo he contado todo.

—Seguimos sin encontrar el detonante.

—¿Y si no lo hay?

—Siempre lo hay. Tú te subiste a ese lugar alto y en lugar de dar el paso atrás, saltaste.

—Algo así.

—Una vez recuperada la consciencia, te repito la pregunta: ¿sentiste alegría o derrota por el fracaso?

—Alivio.

—¿Alivio?

—Sí, esa es la palabra. Alivio. Ya había pasado todo.

—Pero no ha pasado.

—Eso parece.

—Estás aquí, y hemos de evitar que vuelvas a hacerlo.

—¿Me pondrán un guardaespaldas de por vida?

—No.

—¿Cuánta gente sale de aquí y lo intenta de nuevo?

—Poca, muy poca. Y desde luego tú no presentas el mismo cuadro clínico. Me alegro de tus progresos.

—¿Estoy progresando?

—Sí. Hablas conmigo. A veces te pones algo insoportable, pero…

—Gracias por lo de «a veces» y lo de «algo». Puedo ser muy borde y muy insoportable.

—Hablas de lo que hiciste con mucha naturalidad.

—¿Quiere que lo cuente llorando o en plan dramático?

—Sabes a qué me refiero.

—Sí, supongo que sí. Pero lo cuento y ya está. La verdad es que… no sé de qué otra manera podría contarlo. Alguien me dijo: «Di lo que sea, por duro y amargo que resulte, de la mejor manera posible. Pero dilo. Los demás que se hagan su propia película».

—¿Quién te dijo eso?

—Alguien.

—¿Y por qué te lo dijo?

—Para que yo me montara mi propia película.

Elisa
4

No he hablado del Instagram de Yolanda. Bueno, no he hablado de muchas cosas de Yolanda, aunque lo parezca. Es difícil hacerlo ahora, cuando ya ha acabado todo. Si hubiera escrito algo de ella mientras salíamos y estábamos juntas, habría sido muy distinto. No sé si estaba cegada o no, impresionada o no, pero me aferré a ella de una manera impulsiva, o casi obsesiva. Hubiera matado por mi amiga. MI amiga. Yo, que soy de naturaleza apocada y que siempre había tratado de pasar desapercibida, cambié bastante en este sentido. Cuando paseábamos yo lo hacía orgullosa de ir a su lado. Mirad, mirad, yo soy la amiga de esta chica tan guapa. Lejos de sentirme mal por mi aspecto, me sentía bien. Como cuando un viejo va con una treintañera y la luce en plan florero. Una mañana, al salir de la escuela, yo lo hice un poco tarde y la vi a lo lejos con tres chicos que la estaban acosando. Me extrañó que no se rebotara, porque Yolanda tenía carácter, genio. En este caso ellos se le reían en la cara y ella tenía la cabeza baja. Que la acosaban estaba claro. Bueno, no es que la tocaran ni nada de eso, pero conocía a los tres cabrones. Por separado, tres mierdas. Juntos, una pequeña máquina de engendrar problemas u odios. Eché a correr y me coloqué al lado de Yolanda preparada para la pelea. ¿Pasa algo? ¡Lo que faltaba, la gorda! Antes de que yo pudiera abrir la boca, sorprendentemente, lo hizo mi compañera. No la llames gorda, caraculo. ¡Es gorda, y tú un alambre! ¿Te has visto la cara? ¿Os la habéis visto los tres? Exacto, somos tres y vosotras dos, ¿queréis pelea? ¿Pero qué os pasa, memos? ¿No os dais cuenta de que si seguís así dentro de treinta años saldréis en los periódicos y en la tele por haber matado a vuestra mujer? ¿De qué coño estás hablando? Si no lo sabes es que… ¿Qué? Ya teníamos casi las narices pegadas unos con otros. Yolanda, apocada un minuto antes, volvía a ser la de

siempre, y yo, crecida, muy crecida, porque era la primera vez que le plantaba cara no solo a los matones o a los gilipollas de clase, sino a la misma vida. Comprendí que eso es exactamente lo que hace tener amigas. Me preparé para darle una patada en los huevos al que tenía delante. Pero no llegamos a tanto. De pronto él dijo que no valía la pena pelearse con dos monstruos, se dieron media vuelta y se fueron. Yo aún les grité algo. ¿Monstruos nosotras? ¿Os habéis visto bien el careto? Ni caso. Bueno, uno me hizo la peineta de espaldas. Estuve a punto de echarle una piedra. Nos quedamos solas. Gracias. No hay de qué. Me has defendido. Me ha extrañado que no lo hicieras tú, después de todo solo eran tres. Yolanda se rio. ¿Por qué se metían contigo? Ni ellos lo saben. Me han dicho algo y… bueno, qué más da. Son burros. Que me llamen gorda a mí vale, pero decir que tú… Cállate. ¿Qué te pasa? Nada, no digas más eso de que estás gorda, ¿vale? Yolanda, no es solo eso, yo… ¿Quieres callarte? ¿Recuerdas que te dije que me cambiaría por ti? Sí. Pues sigo diciéndolo. Estás de coña. ¡No, no estoy de coña! ¡Te envidio! ¿A mí, por qué? Un día lo sabrás. No, dímelo ahora. ¡No puedo! Dejamos de andar. Lo habíamos hecho sin darnos cuenta para alejarnos del instituto. Nos miramos. Y entonces, por primera vez, creo que la vi distinta, diferente. A ver si me explico: supongo que cuando un chico o una chica se enamora, ve en el otro todos los dones celestiales del universo. Para él, ella es guapísima, la mejor, única, con los ojos más dulces, el pelo perfecto y los labios soñados. Para ella, él es mayestático, alto, fornido, masculino, manos de seda, ojos tiernos. Tanto da que los dos sean del montón. Tanto da que incluso sean normales tirando a feos: se ven guapos. Les desborda el amor. E imagino que también se sienten guapos porque se ven reflejados uno en los ojos del otro. Para mí Yolanda era guapísima por estar delgada y ser rubia. Pero ¿y si los demás no la veían tan perfecta como la veía yo? ¿Y si a mí me veían gorda y a ella un puro esqueleto? ¿Y si resultaba que éramos polos opuestos de un mismo círculo y por eso nos habíamos encontrado al chocar los extremos? Nunca lo había pensado y me vino a la cabeza en ese momento. Aquella noche, más tarde, intenté atar cabos, unir las ausencias de Yolanda y sus secretos de alguna forma que ni podía imaginar, aunque la más normal era que fuera anoréxica. Pero eso fue aquella noche. Seguíamos en la calle. Yolanda me abrazó y me dijo:

Tú vales más que yo, Elisa. Otra de sus perlas. La abracé también. Y por un momento, me vi viviendo con ella en el futuro, compartiéndolo todo, como las mejores amigas del mundo, luchando por nuestra integridad. La gorda y la flaca. Unidas seríamos más fuertes. Pero el futuro estaba lejos, demasiado lejos. Antes teníamos que atravesar el campo de minas del presente. Por eso quería hablar del Instagram de Yolanda. Yo tenía móvil desde los catorce años. Fue mi regalo de cumpleaños. Pero no era muy activa en redes sociales. ¿Para qué? Sí, seguía a mi cantante favorito hasta que se me cayó del pedestal cuando se lió con una idiota de la tele. Luego seguí a una *influencer* hasta que le vi el plumero, la forma en que engañaba a miles de chicas incluso más jóvenes que yo con sus mentiras. En pocos meses me di cuenta de eso, de las mentiras y el ruido de las redes sociales. Dejé mi perfil de Facebook y me olvidé. Pero lo que más sorprendía es que no fuese activa en Instagram. ¿Por qué no?, me preguntó Yolanda. Me parece un poco estúpido. ¡Es divertido! ¿Divertido? Subes una foto y veinte desconocidos te dan un me gusta, pero uno te da un no me gusta. ¡Y es una simple puesta de sol! ¿Por qué a una persona no ha de gustarle una puesta de sol? Y los que dicen que sí, que les gusta, ¿qué necesidad tienen de decirlo? Es más: ¿qué necesidad tienen de mirar lo que yo hago en Instagram? Yolanda se reía. Me enseñó su cuenta de Instagram. ¿Cuánto llevas tú subiendo fotos y cosas? Un año y medio. ¿Y te gusta? Comparto algo, eso es todo. ¿No lo haces por narcisismo? ¿Por qué debería ser narcisista? No sé, me parece un modo de exhibirte. Hace unos días en la tele un pavo dijo que en el fondo Instagram era la peor de las mentiras: todo el mundo se mostraba a sí mismo haciendo algo, como diciéndole a los demás: mira lo que hago, mira lo que tengo, mira qué feliz soy. Y entonces los demás tenían que reaccionar de alguna forma, subir sus propias fotos haciendo gilipolleces o demostrando que también eran felices. Yolanda trató de convencerme. Eres un poco radical, ¿no? No soy radical, pero ¿no te parece excesivo ver a una modelo en una playa de ensueño bebiendo cava mientras tú estás aquí sabiendo que nunca harás algo así? ¿De verdad crees que la modelo «comparte» contigo esa imagen porque te quiere, para que seas feliz? Yo lo que siento es que me está sacando la lengua. Y mientras hablaba, veía las fotos de Yolanda en su cuenta. Yolanda haciendo posturas, Yolanda probándose ropa, Yolanda

maquillada, Yolanda de vacaciones, Yolanda… Y fue en ese momento cuando vi el detalle, algo que se me incrustó en la mente y me hizo pensar. Me obligó a pensar. Porque Yolanda siempre tenía el mismo pelo, el mismo corte, nunca más largo, nunca más corto, siempre el mismo. Y Yolanda estaba cada vez más delgada. Era como si menguara. Las fotos de hacía un año no mostraban a la misma Yolanda que ahora estaba a mi lado. Recuerdo que de pronto la miré y, por primera vez, le vi las ojeras, las mejillas hundidas, los marcados huesos de los pómulos, las manos… Mi guapa, mi hermosa amiga, parecía deshacerse ente mis ojos. Y el pelo. Ese pelo rubio, inmaculado. ¿Por qué siempre el mismo corte con la misma medida? ¿Quién se lo arreglaba, su madre? Porque a la peluquería no iba. Por eso aquella noche, en casa, volví a mirar las fotos de su cuenta de Instagram. Quería ver más allá. También leí a fondo, despacio, degustándolos, algunos de los comentarios que colgaba en la red. Comentarios casi siempre hermosos, frases propias o de otros, pero impactantes. O eso me pareció a mí, víctima del asombro. Algunas jamás las olvidaré. «Fui al súper a comprar futuro. Me dijeron que estaba en la sección de congelados», «La libertad es una grieta en la puerta del miedo», «Que no te clonen, dilo, grítalo: que no te clonen», «Mi casa está donde pongo los zapatos, pero voy descalzo», «Avísame cuando la vida empiece. Quiero despertar», «¿Es esto el circo de la vida? ¡Hola, soy el payaso!», «Ahora sé mucho más que cuando era vieja», «El tiempo dibuja tu cara a golpes de escarpa y martillo», «Quiero que entres en mí, pero no que llames a mi puerta», «Desnúdate, quítatelo todo, pero déjate el corazón», «Cuando el dolor llega demasiado pronto, ya es demasiado tarde», «Te haré sentir todos los places, pero no puedo hacerte pensar», «La vida es un 95% lo que te pasa y un 5% cómo te lo tomas», «Sé fuerte, sé fuerte, pero después cede y rómpete», «Nunca he estado aquí antes, por eso no sé qué hacer», «Me siento tan sola, que si tuviera lágrimas lloraría», «Adiós, tengo un empleo mejor, me dijo mi ángel de la guarda», «Bajé del tiovivo, solo daba vueltas en círculos», «No escribas canciones de amor si no estás enamorado», «Tener mala suerte es mucho mejor que no tener nada de suerte», «Nuestro esqueleto es una gran arpa sin cuerdas», «Traía unos pocos sueños para comer, pero olvidé el pan», «Mamá, me voy. Volveré si no encuentro una entrada», «¡Eh, tú, la del

espejo! ¿Se puede saber qué coño miras?», «Abre la ventana. No, esa no: la que da a la vida», «No te quiero, no te quiero, pero puedes persuadirme»… Frases, frases, todas con un significado, y más en el momento de ser colgadas en Internet, a la vista de cualquiera, aunque a ese cualquiera no le importara en absoluto lo que pensara o escribiera una chica rubia, guapa y delgada llamada Yolanda, por más *me gusta* que tuvieran algunas.

Sesión cuarta

—Creo que la vida es un mal chiste. Y, encima, contado por un tartamudo.

—¿Por qué dices eso?

—Un día escribiré un libro que se titulará *Teoría del azar cósmico para principiantes*.

—El título tiene gracia. Ahora dime por qué crees que la vida es un chiste malo.

—Mire: una chica sale de su casa. Duda entre coger el metro o el autobús. Decide ir en metro y el día pasa sin pena ni gloria, uno más, olvidable. Si hubiera cogido el autobús habría conocido al chico de su vida y, para ella, todo habría cambiado. Ahora supongamos que pilla ese autobús. El chico ha perdido el anterior, ha corrido como un loco pero se le ha escapado. Está enfadado, ha tenido que esperar ocho minutos a que llegara el siguiente. Pero gracias a haberlo perdido, se encuentra con la chica. ¿Lo pilla?

—Sí, cada día tomamos mil decisiones que, cruzadas con las de los demás, nos dan un panorama único. Un simple cambio en una decisión de quien sea y el panorama será distinto.

—Usted habla de decisiones. Para mí todo es cuestión de azar. Perder el autobús es un ejemplo, y que ella decida ir en metro, lo mismo.

—¿Me aclaras por qué me hablas de esto?

—Yo llegué a casa, me fui a dar un baño y la cuchilla de afeitar estaba ahí. ¿Azar? ¿El destino? ¿Y si no hubiera estado a la vista? Probablemente me habría dado el baño y nada más. Pero estaba ahí, la cogí y me corté las venas. ¿Cómo explica eso?

—Yo no he de explicarlo, Elisa. Eso es cosa tuya. ¿Tú qué crees?

—A lo peor hubiera salido a la calle y, sin más, me habría echado bajo las ruedas de un camión.

—Es posible.

—Azar.

—En algún momento y en algún lugar, tú plantaste una semilla. Quiero encontrar ese momento y ese lugar. La cuchilla fue el punto final, la convergencia de tus actos y tus sentimientos.

—Todo lo está centrando en lo que hice y lo que sentía, y busca ese detonante, el clic que disparó mi mano hacia esa cuchilla de afeitar. Pero sigue sin entender lo más simple, lo único importante.

—¿Qué es?

—Míreme.

—Lo hago.

—¿Y qué ve?

—Una chica con problemas.

—No. Yo soy el problema. No-me-gusto-a-mí-misma. ¿No es suficiente razón para hacer lo que hice?

—No.

—Pues como loquera es genial.

—Voy a hacerte unas preguntas para buscar síntomas.

—¿Qué síntomas?

—Los motivos por los que la gente puede sentirse mal, infeliz, tener una depresión…

—¿Y con eso se sabe algo?

—Bueno, me ayudará y nos dará un cuadro clínico sobre el que movernos y actuar.

(Anotación: después del primer estallido emocional, contándome su curiosa teoría del azar, la paciente no le da importancia a mi siguiente paso. Sigue mostrándose receptiva, responde a las preguntas, pero su actitud continúa siendo pasota en determinados momentos).

—Pues vale. Si así pasamos el rato…

—Sabes que es más que eso.

—Para usted. Lo que es a mí… Venga, va, dele. ¿Preguntas? Jo, menudo rollo. ¿Acaso no hace más que preguntarme cada vez que estamos juntas? Aunque tanto da hablar de esto o de aquello.

—Esta es nuestra cuarta sesión, y, aunque no lo creas, cada respuesta que has dado hasta ahora ha valido la pena.

—¿En serio?

—Se necesitan millones de años para que un mar se seque y se convierta en un desierto, por ejemplo. Mira el Gran Cañón del Colorado.

—Usted no tiene millones de años para darme el alta.

—Pero vamos bien.

—Si usted lo dice…

—Vamos con las preguntas. A cada una que te haga has de responder sinceramente. Y vamos a olvidarnos del pasado anterior a tu recuperación y tu estancia aquí.

—Me hace gracia…

—¿Qué te hace gracia?

—Que lo llame «estancia».

—¿Cómo lo llamarías tú?

—¡Venga, va, no maree más la perdiz! ¡Estoy encerrada! ¡Pregunte de una vez!

(Se ha agitado mucho. Demasiado).

—Te decía que vamos a olvidar el pasado y a centrarnos en esta última semana, en cómo te has sentido, qué has pensado… ¿Comprendes?

—Sí, hasta ahí llego. Solo tengo una duda.

—Dime.

—¿Y si en los últimos siete días estuve bien de lo que pregunta, pero hace un año no?

—No importa. La última semana, nada más.

—Bien.

—¿Preparada?

—Sí, sí.

—Primera pregunta. ¿Has tenido dolores de cabeza?

—Algunos, cuando me rayo demasiado, sobre todo por la noche, al acostarme y ver que ha pasado un día más.

—¿Has estado nerviosa?

—Sí.

—¿Has tenido pensamientos desagradables que no se te iban de la cabeza?

—No.

—¿Sensación de mareo o desmayo?

—No.

—¿Te has sentido crítica?

—Sí.

—¿Has sentido que otros son culpables de lo que te pasa?

—No. En cualquier caso el destino. Llegué tarde cuando se sortearon las candidatas a *tops*.

—¿Estás preocupada por tu falta de ganas de hacer algo?

—Ahora mismo tengo ganas de hacer muchas cosas. En cuanto salga de aquí.

—¿Te sientes enfadada, malhumorada?

—Mucho.

—¿Te sientes con pocas energías?

—Cada día es un tobogán. Paso de diez a uno y de uno a diez como si nada.

—¿Piensas en quitarte la vida?

(Anotación: la paciente se lo piensa. Su respuesta es, cuanto menos, reveladora).

—Ahora no. O sea, nada.

(Anotación: espero a más adelante para la profundización del tema. La palabra ahora *es esperanzadora, pero también limitada al presente inmediato)*.

—¿Has perdido la confianza en la mayoría de las personas?

—Un poco sí.

—¿Has perdido el apetito?

—Las ganas… Vale, no, nada.

—¿Lloras por cualquier cosa?

—¿En la última semana?

—Sí.

—Entonces no.

—¿Te sientes atrapada o encerrada?

—Estoy en un manicomio, ¿no? ¡Pues claro que me siento atrapada, encerrada, puteada…!

—¿Explotas y no puedes controlarte?

—Exploto, pero me controlo.

—¿Te has sentido culpable por cosas que ocurren?

—¿Como ver el telediario, hambres, guerras…? Nada. El mundo siempre ha estado desmadrado, ¿no?

—¿Te sientes sola?

—Sí.

—¿Te sientes triste?

—Sí.

—¿Sientes que no tienes interés por nada?

—Depende. No sé qué decir a eso. Aquí no hay mucho que hacer.

—¿Tienes miedos?

—Como todo el mundo.

—¿Cuales dirías que son tus miedos?

—Quedarme aquí.

—¿Te sientes herida en tus sentimientos?

—Sí.

—¿Sientes que no te comprenden?

—Sí.

—¿Sientes que no caes bien a la gente, que no les gustas?

—Sí.

—¿Te sientes inferior a los demás?

—Sí.

—¿Tienes problemas para dormir?

—¿Con la de pastillas que me dan? Vale, nada, nada.

—¿Tienes dificultades para respirar bien?

—No.

—¿Ataques de frío o de calor?

—Eso cuando me viene la regla, que no ha sido el caso esta semana.

—¿Has sentido que tu mente se quedaba en blanco?

—A veces, cuando las pastillas hacen efecto.

—¿Has perdido las esperanzas en el futuro?

(Anotación: se lo piensa un poco).

—Bastante. Pero no es solo por mí. Está el cambio climático y todas esas cosas.

—¿Has tenido dificultades para concentrarte en lo que haces?

—Un poco.

—¿Te sientes muy nerviosa, agitada?

—Un poco.

—¿Comes demasiado?

—¿Es broma? Mucho.

—¿Te sientes incómoda cuando te miran o hablan de ti?

—Sí.

—¿Has sentido la necesidad de golpear o lastimar a alguien?

—No.

—¿Repites muchas veces algo que haces? Contar, lavarte, tocar cosas…

—Nada, no soy obsesiva.

—¿Duermes con problemas, muy inquieta?

—Mucho, aunque ya le digo, con tanta pastilla…

—¿Tienes ideas, pensamientos que los demás no entienden?

—Sí.

—¿Te sientes incómoda en lugares donde hay mucha gente?

—Aquí lo más es cuando estamos juntas en el comedor. Pero sí. Nunca me han gustado las multitudes.

—¿Sientes que todo te cuesta mucho esfuerzo?

—Sí.

—¿Tienes ataques de mucho miedo o de pánico?

(*Anotación: tarda mucho en responder. Es la pregunta en la que más lo hace)*.

—No, ya no.

—¿Te sienta mal comer o beber en público?

—Sí.

—¿Te metes muy seguido en discusiones?

—Aquí, no. Fuera, sí.

—¿Te has puesto nerviosa por estar sola?

—Un poco.

—¿Sientes que los demás no te valoran como mereces?

—Sí.

—¿Te sientes sola aun estando con gente?

—Sí.

—¿Te sientes una inútil?

—¿Aquí? Mucho. Es donde he pasado esta semana, ¿no?

—¿Has gritado o tirado cosas?

—No.

—¿Has tenido pensamientos sobre el sexo que te han molestado?

—No.

—¿Crees que algo anda mal en tu cuerpo?

—Sí.

—¿Te sientes alejada de las demás personas?

—Siempre.

—¿Te sientes culpable en general?

—La culpa es un invento de la Iglesia para tener controlado al personal, así que todos se sienten culpables. Todos cargan con algo. Yo no soy culpable de nada, pero los demás te hacen sentir que sí. Por eso es tan chungo lidiar con el personal. Si no fuera por la culpa no existiría el perdón, y la religión necesita el perdón para sentirse superior a la gente.

—¿Piensas que en tu cabeza hay algo que no funciona bien?

(Anotación: vuelve a pensárselo mucho).

—No.

—Pues ya está.

—¿Eso es todo?

—Sí.

—Bueno, no me han parecido tantas. ¿Alguna conclusión?

—No, ya te he dicho que es para ver tu estado y evaluar…

—Pero algo sacará, ¿no? ¿O soy su primera paciente?

—No, no eres mi primera paciente. Y te lo comentaré si, como dices, «saco algo».

—¿Puedo hacerle una pregunta?

—Adelante.

—Me dijo que nunca una chica que hubiera sido su paciente volvió a intentarlo, pero… ¿a cuántas de mi edad ha tratado?

—A bastantes.

—¿En serio?

—Sí.

—¿Se ha preguntado alguna vez, más allá de los tópicos, porque las adolescentes estamos tan locas?

Elisa
5

Cuando Yolanda faltaba a clase nos wasapeábamos. ¿Estás bien? No. ¿Qué te pasa? Resfriada. ¿Otra vez? Sí, tía. ¿Mucho? Mareos y vómitos. ¿Muy chungo? Tope. ¿Estarás bien para el finde? No creo. ¡No fastidies! Es lo que hay. ¿Pero por qué pillas tantas cosas? Ni p. idea. Si yo me resfriara tanto, mi madre me inundaría a vitaminas. ¿Qué crees que hace la mía? ¿Quieres que vaya a verte? Mejor no, no quiero que te contagies. Es que quiero verte. Y yo, pero es lo que hay. Vale, dime algo. Y así pasaban los días. A veces tardaba en contestarme, o lo hacía directamente al día siguiente. Una vez tardó dos días. Mi idea de que tenía anorexia acabó siendo omnipresente. Me pasé horas leyendo todo lo que pillaba en Internet acerca del tema. Vi fotos espeluznantes, de chicas que pesaban apenas veinticinco kilos y parecían recién salidas de un campo nazi de exterminio. Yolanda estaba cada vez más seca, pero imaginármela así me hacía daño. En el fondo yo estaba gorda pero sana. Bueno, todo lo sano que puedes estar estando gordo, porque con los años acabas con las rodillas hechas polvo y problemas de todo tipo. Con todo esto, mi madre me pilló leyendo una web sobre la anorexia y se asustó. Le dije que era para un trabajo escolar y ni por esas. Mira, Elisa, que como dejes de comer te mueres, ¿eh? Sí, mamá. Mira, Elisa, que tienes en la cabeza esa maldita idea de que eres fea y no es verdad. Sí, mamá. Mira, Elisa, que con la salud no se puede jugar, y menos a tu edad, porque todo lo que le hagas ahora a tu cuerpo repercutirá en el futuro. Sí, mamá. Hasta mi hermana tuvo que defenderme del agobio. Hermana que, por cierto, después de haberla pillado haciéndolo, estaba de un suave… Ya no salía con el mismo. El novio de ese momento era un cachas de gimnasio, con unos pectorales… Lo sé porque iba con camisetas ceñidas, dos tallas por debajo de la suya. Le dije a mi hermana que a

lo peor tomaba esteroides para estar así de macizo, y que eso hacía que el aparato sexual se encogiese. Se echó a reír. Unos días después cenábamos morcillitas y se puso a reír ella sola. Me guiñó un ojo y capté. Cuando Yolanda volvió a la vida estaba todavía peor, con ojeras y muy pálida. Para mí seguía siendo guapísima, pero su brillo palidecía. Por suerte su cabello era igual de rubio que siempre, igual de perfecto. Cuando caminábamos se cansaba. La veía tan agotada que hasta le propuse hacer alguna de las diabluras de los primeros días. Pero me dijo que no, que esta vez no podría apartarse del tren a tiempo ni conseguiría cruzar una carretera longitudinalmente y a toda leche sin ser atropellada por ningún coche en cualquiera de los dos sentidos. Y en cuanto a robar algo en un almacén… Bueno, que tampoco. A la tarde siguiente de recuperarse, al menos lo justo para vernos, ya que no iba al insti, fuimos al parque y se tumbó en la hierba, boca arriba, con los ojos muy abiertos. Me pareció que quería absorber la luz, el sol, el calor. Absorberlo y guardárselo muy adentro, como una pila recargable que necesita energía. Le pregunté qué sentía y me dijo que turbulencias. ¿Turbulencias en una tarde plácida en un parque al sol? Sí, es como el universo, Elisa. Parece quieto pero está vivo, ruge, se mueve, estalla, hasta el punto de que de pronto aparece una noticia que dice que un agujero negro situado a novecientos millones de años luz ha devorado a una estrella de neutrones. No tengo ni puta idea de qué significa eso, pero suena enorme, grande. Y ha de serlo para que aquí, en la Tierra, unos pringados con unos telescopios lo capten y hablen de cosas que nadie entiende, pero asustan. Y acabó de soltar todo ese rollo y me la quedé mirando con el corazón en un puño, porque una amiga que ha estado enferma no suelta una parrafada así en un parque tumbada al sol. Las amigas se supone que han de hablar de chicos, y de ropa, y de padres y hermanas, y de los estudios, y de lo chungo que es todo cuando tienes quince años y te está pasando un tren de mercancías llamado vida por encima sin que nadie te haya advertido de que iba a llegar. Sin que nadie te haya dicho lo duro y pesado que es. Eso es la adolescencia: una putada. Encima te vienen con lo de que es la mejor etapa de la vida, y que un día la vas a echar de menos, y que todo lo que te pase ahora va a marcarte en el futuro. ¿Es una amenaza? ¡Joder, lo parece! O sea, que lo que haga hoy y mañana, o lo que hice ayer, me está

definiendo como persona. Vale. ¿Y si no he hecho nada? ¿Y si solo veo pasar la vida cabreada conmigo misma por mi aspecto? ¿No es demasiada trascendencia decirle a una tía de quince años esas cosas? La adolescencia es un carrusel de primeras veces, eso es lo que es. Y como no estás preparada, cada «primera vez» te machaca de una forma distinta. Es como para echarse a temblar. El primer amor, el primer beso, el primer desengaño, el primer tal y cual… Los tíos son unos cabrones. Son los que lanzan las teorías acerca de cómo nos sentimos las tías, y no tienen ni idea. ¿Cuántos tíos se levantan por la mañana y, sin más, sin venir a cuento, se echan a llorar? Bueno, pues tías muchas, seguro. Abres los ojos, te entra el sofoco y ¡hala, la llorera! Y te preguntas ¿por qué coño lloro, si estoy bien y no me pasa nada? Bueno, eso si estás bien y no te pasa nada, porque por lo general sí pasa. ¿Por qué nos dan a nosotras esos ataques de tristeza? Dicen que los tíos, como no pueden, o no saben, o no quieren llorar, lo que hacen es cargarse de mala leche. Entonces salen a la calle y al primer desgraciado que pillan le sueltan un hostión. Bueno, ¿y qué más da? Llorera u hostión, nos pasa de todo. Me importa una mierda el futuro. La adolescencia es aquí y ahora. Y duele. Duele un montón. Si encima eres gorda, fea y tienes un cabello asqueroso, apaga y vámonos. Yo le pregunté a Yolanda que champú utilizaba para tener un pelo tan divino. Me lo cepillo y lo cuelgo de una percha, me soltó. Genial. En aquellos días a veces estaba de buen humor y otras no. Pero cuando no estaba de buen humor, no hablaba. Los silencios de Yolanda tenían un poso de paz, pero también de amargura. Si la anorexia se la estaba comiendo, me pregunté cuanto me quedaba para estar con ella y cuanto le quedaba a ella para estar conmigo. Pero si le preguntaba, lo negaba. ¿Eres anoréxica? No. ¿Seguro? Seguro. ¿Pues qué te pasa? Es mi constitución. Sí, ya. Recuerdo que aquella noche la que vomitó fui yo. Eso hizo que mi madre pasara de preguntarme por la anorexia y lo hiciera por la bulimia. Me costó convencerla de que me había sentado mal la cena y nada más. Pero bueno, las cosas ya se estaban precipitando hacia el abismo sin que yo lo supiera. Yolanda desapareció otra vez. Wasap va, wasap viene, y no contestaba. Al final ya no pude más y fui a su casa. Llamé. No había nadie. Le pregunté a la portera y me dijo que estaban en el hospital. Se me paró el corazón. ¿En cuál? No lo sé. ¿Qué tiene? No puedo decírtelo. ¡Soy su amiga!

Habla con sus padres. ¿Cuándo? Cuando vengan. ¿Vendrán hoy? No lo sé. ¿Y usted que sabe? Nada. Pero se le veía en los ojos que sí, que sabía. Ojos de portera que incluso conoce qué marca de compresas usa la del tercero, porque cada noche puede husmear en la basura. Regresé a casa y miré el móvil. Un último mensaje: DI ALGO, PORFA. No hubo respuesta. Volví al día siguiente y lo mismo. Nada. No estaban en casa. Estaba dispuesta a ir hospital por hospital preguntando por ella. Pero de entrada me sentía colapsada. Toda la vida convertida en una apática sombra, centrada en mis problemas, y ahora me daba cuenta de que la amistad significa compartir los problemas de los demás. Yolanda ya no podía ocultarme nada. Pero el día de reencuentro no llegaba. Hasta que por fin sí llegó. Aquella tarde. La portera me vio pasar y no me detuvo. Subí al piso. Llamé a la puerta. Me abrió una mujer que se parecía a mi amiga. Su madre. También era delgada, pero morena. Entonces vi una foto familiar detrás de ella, en el recibidor. Una foto en que se veía a Yolanda con nueve o diez años. Y era morena. Morena y con un cabello que no tenía nada que ver con el que yo conocía. Así que Yolanda era morena, no rubia. ¿Se lo teñía? Todo esto me pasó por la cabeza en apenas un segundo, porque la mujer esperaba que yo hablase. Y lo hice. ¿Está Yolanda? Descansa. ¿Puedo verla? No sé si… Por favor, soy su amiga, ¡su mejor amiga! Me miró fijamente, frunció el ceño. No me conocía, claro. ¿La mejor amiga de su hija? ¿Desde cuándo? Tragó saliva. Sus ojos eran mortecinos. Ojos cargados de dolor. Cada lágrima caída debía de ser una bala mortal. Espera, voy a ver. ¿Cómo te llamas? Elisa. Espera aquí, Elisa. Y se fue por un pasillo. Y me quedé en el recibidor. Y volví a mirar aquella foto de Yolanda con nueve o diez años, tan distinta, no solo por el cabello negro, sino porque no estaba delgada. Estaba normal. Normal. Normal. ¿Y qué es ser normal? Pues el término medio entre ella y yo. Normal, eso. Reapareció la mujer y me dijo que esperase cinco minutos, que quería estar presentable. ¿Presentable? ¿Tan mal estaba? Esperé en una sala de estar, como una visita. La casa estaba silenciosa. Más que una casa parecía un mausoleo. No se oía nada. Peor aún, el silencio era como si pesase igual que un plomo invisible. Cada segundo, cada minuto se cargó de dolor e incertidumbre. Estuve a punto de gritar para oír, al menos, mi propia voz. Cuando por fin la mujer vino a por mí, me llevó

a la habitación de Yolanda. Me hizo pasar. Os dejo solas, dijo. Si necesitas algo, me llamas, dijo. Y cerró la puerta. No había luz. Una penumbra suave lo envolvía todo. Yolanda estaba sentada en una silla, con una manta sobre las piernas. Lo único perfecto en ella era el cabello, tan rubio y bien peinado como siempre. Lo demás ya no sabría cómo describirlo. Mi amiga había desaparecido. En su lugar había algo remotamente parecido a ella. Los ojos estaban hundidos y muertos, los labios casi más delgados que los míos, los pómulos sobresalían sobre los valles de dos mejillas convertidas en volcanes apagados. Yolanda era una máscara. Yolanda, mi Yolanda, convertida en un fantasma de sí misma. Un espectro. Y aun así, me sonrió. Con un poco de vergüenza, pero me sonrió. Forzadamente, pero me sonrió, como si le costara hacerlo, como si cada gesto representase un esfuerzo enorme. Luego bajó los ojos y trató de no llorar. Lo siento, dijo. ¿Pero qué te pasa? Perdóname, dijo. ¿Por qué no me has dicho qué estabas tan mal? No podía, dijo. No quería, dijo. Esperaba que… Y dejó de hablar. ¿Yolanda, qué tienes? Entonces hizo lo único que jamás hubiera imaginado. Se llevó la mano a la cabeza y tiró de su pelo. De su peluca. Porque era una peluca. La razón de que siempre tuviera el cabello igual, perfecto. Una peluca rubia para una chica morena. Y me miró desde el otro lado de aquel nuevo espacio infinito. Es curioso, porque lo primero que pensé fue que tenía un cráneo muy bello, redondo, liso, brillante. Un cráneo de humana o de *cyborg* del siglo XXII. Pero por delante del cráneo estaban los ojos, y por debajo de ellos los labios, la boca, por la que fluyeron despacio, muy despacio, sus palabras, como si fueran arrancadas una a una de la garganta, o de mucho más adentro, del lugar donde habitan los horrores. Y yo, mientras miraba atónita la peluca, escuché como si fuera un nervio al desnudo a Yolanda diciéndome aquello, aquello, aquello…

—Tengo un cáncer terminal, Elisa. Me estoy muriendo.

Sesión quinta

—¿Has visto morir a alguien además de a tu abuelo?

(Anotación: es como si una maza le hubiera asestado un golpe. Y un golpe brutal. Sigue sentada, pero parece haberse caído de la silla).

—No.

—La verdad.

—¡Que no!

(Anotación: miente. ¿Por qué?)

—¿Has visto algo en la calle, o en televisión, en directo…?

—¡Joder, no!

—A veces el subconsciente…

—¿Cómo quiere que se lo diga? ¿En chino?

—¿Por qué te pones a la defensiva?

—¡Es que me achucha y me achucha y me achucha, y repite preguntas y…!

—Tienes algo ahí dentro y te niegas a sacarlo.

—¿Por qué habría de negarme?

—No lo sé, pero sí sé que está ahí.

—Será psiquiatra, pero no se ganaría un euro haciendo de médium.

—Hay una parte de ti que permanece oscura porque no quieres encender la luz ni enfrentarte a ella.

(Anotación: mirada terrible. No contesta).

—¿Qué es lo que te niegas a ti misma, Elisa?

(Anotación: va a llorar. Se contiene).

—Ya vale, ¿no?

—Podrías salir de aquí mañana mismo, volver a casa.

—Pues mire, igual me quedo. Aquí estoy bien. A la mierda el mundo.

—No digas eso.

—Me dan de comer, descanso, leo, solo tengo esa horita diaria con

usted… Incluso paso del móvil porque me lo han quitado. ¿Raro, eh? ¡Una adolescente que no tiene móvil porque está encerrada, pero encima dice que pasa de él!

—¿Qué te da miedo?

—Todo, nada… ¿Quién no tiene miedo? ¿O es que vivir cada día no asusta?

—¿Por qué asusta vivir cada día?

—Jo, ¿no ve la tele? Cambio climático, mares contaminados, especies extinguidas, superpoblación, escasez de alimentos y falta de agua en las próximas décadas, guerras, presidentes locos en Estados Unidos, Italia, Inglaterra, Brasil, ultraderechas por todos lados, religiones castrantes, las mujeres puteadas en medio mundo… ¿Quiere que siga? No diga que no acojona. ¿Tengo quince años y me espera todo eso? ¿Salgo a la calle contenta y feliz, y si mañana se me lleva un huracán o un incendio forestal destruye todo lo que tengo, pues mala suerte y a seguir? ¿Seguir cómo?

—Me hablas de macrosituaciones. Aquí estamos para resolver la tuya.

—La mía es micro, vale, lo sé.

—No. La tuya es tan importante como la que más. Puede que un día algo que hagas ayude a cambiar el mundo.

—¿Yo?

—Sí, tú.

—¿Va a curarme así, con inyecciones de positividad?

—Lo harás tú, Elisa, el día que te aceptes a ti misma y, en lugar de mirar hacia adentro o a la imagen que refleja tu espejo, mires hacia adelante. Y por supuesto habrá días malos, todos los tenemos. Pero hay una palabra, que no tiene nada que ver con la religión en este caso, que es muy útil para vivir y sobrevivir: esperanza.

—¿Usted se cree lo que dice?

—Sí. Y tú también. Pero te rebelas.

—¿Usted cree en Dios?

—No, creo que somos un accidente cósmico. Pero el más maravilloso y probablemente único.

(Anotación: me mira con un brillo en la mirada, como si estuviera de acuerdo y lo celebrara).

—¿Único?

—Si hay vida diferente a la nuestra en el universo, es aterrador. Pero si no la hay y estamos solos, es igualmente aterrador.

(Anotación: se estremece. Cambia súbitamente de tema).

—Voy a hacerle una confesión.

—Bien.

—Se la ha ganado, por persistente.

—O sea que me das un premio.

—Sí.

—Tú a mí.

—Fantástico, ¿no?

—Suelta la confesión, va.

—¿Recuerda cuando me habló de futuro y me preguntó por mis sueños…?

—Sí.

—Hay algo que sí me gusta hacer.

—¿Y es…?

—Escribir.

(Anotación: hay un deje de orgullo en su voz).

—¿Escribes?

—Sí, y no lo hago mal.

—¿Querrías ser escritora?

—Yo no digo eso, solo digo que me gusta. Estar a solas con un papel delante, o el ordenador, y soltar cosas… Es bastante liberador. Supongo que ser escritor es otra historia.

—Pues no lo supongas. Todos y todas comenzaron siendo adolescentes volcados sobre una hoja de papel. Una hoja de papel en blanco es como un mundo que llenar.

—A mí me gusta porque es algo solitario. Puedes desaparecer durante horas.

—¿Lo usas como válvula escape?

—Me apuesto lo que quiera a que la mayoría de escritores huyen de algo, y su refugio es ese. ¿Por qué, si no, una persona le da la espalda al mundo y se vuelca en algo tan solitario y duro? Habrá premios Nobel, sí, y los que hacen *best sellers*, pero la mayoría… Nadie los conoce, y aunque hayan leído cosas suyas, la gente se olvida de sus nombres.

—Así que escribes para desaparecer.

—En parte. Ya le he dicho que me gusta.

—¿Has escrito cosas, poemas, relatos…?

—Poemas y relatos, sí.

—¿No has pensado en expresar en un papel cómo te sientes?

—¿Qué quiere decir?

—Hacer un diario, por ejemplo.

—No, un diario exactamente no. Pero a veces sí escribo eso, cómo me siento o… Bueno, da igual.

(Anotación: evasiva súbita).

—¿Qué haces con eso?

—Lo tiro.

—¿Por qué?

—Lo suelto, lo vomito, y luego lo limpio. A la papelera.

—¿Así, sin más?

—Sí.

—Otra vez: ¿por qué?

—No creo que me apetezca volver a leerlo dentro de unos años.

—¿Te daría vergüenza descubrir cómo eres ahora?

—Tal vez, no sé. No he pensado en ello. No le doy tantas vueltas a la olla.

—¿Y los relatos o los poemas?

—Están por las libretas del insti.

(Anotación: vuelve a calmarse).

—Gracias por compartir esto, Elisa.

—De nada.

—¿Has escrito algo estando aquí?

—No.

—¿Ni siquiera un poema?

—No. Y si lo hubiera hecho no se lo dejaría leer.

—¿Por qué?

—Porque sería algo privado, y usted querría leer entre líneas, sacar conclusiones…

—No necesitas defenderte de mí.

—No es una defensa, caray. ¿Si escribiera un diario lo leería?

—Depende.

—¡Pero un diario es lo más privado que hay!

—He dicho que depende.

—¿De qué?

—Hablábamos de la vida, del universo, me has confesado que te gusta escribir… Y de una forma u otra nos estamos apartando del tema, como siempre.

—Pero es interesante, ¿no?

—Reconozco que eres muy hábil para llevar las charlas a tu terreno y eludir la verdad.

—Otra vez esa palabra, como si «la verdad» fuese algo único.

—¿No lo es?

—¡No! ¡Siempre hay más de una verdad, depende de cada cual! ¡Usted busca razones que justifiquen lo que hice y yo no tengo ninguna! ¿Por qué no acepta que quise matarme por accidente?

—Porque no es así.

—¡Lo es! ¡Cogí la cuchilla porque estaba ahí! ¡Si hubiera habido unas tijeras, igual me cortaba el pelo! ¡Fue un gesto, nada más!

—Hay diferencias entre cortarse el pelo y las venas.

—Odio mi pelo. Hubiera tenido más sentido.

—Nadie coge una cuchilla de afeitar solo porque está ahí.

—¡Yo lo hice!

—Vamos a abrir esa puerta tras la que lo escondes todo.

—¿Va a hipnotizarme?

—¿Quieres someterte a hipnosis?

—¿Y que escarbe en mi cerebro mientras estoy ida? ¡No! ¡Debe de ser como si te lo quitaran después de muerta y lo hicieran hablar!

—¿Por qué te asusta tanto la muerte?

(Anotación: de nuevo la tensión, la zozobra, el miedo).

—¿Dice que me asusta e intenté suicidarme? ¡Esta si que es buena!

—Creo que tú te enfrentaste a la muerte de la única forma que creías posible: mirándola a la cara.

—¡No me sea… absurda!

—¿Recuerdas que te dije que en el fondo no querías morir?

—Sí, y que lo hablaríamos otro día.

—Pues es el momento.

—Pues vale.

—Según tu madre, a la hora de la comida dijo que llegaría a media tarde.

—¿Ah, sí?

—Tú llegaste a casa, te diste un baño y te cortaste las venas apenas quince minutos antes de que tu madre llegara.

—¿Y?

—Sabías que te encontraría.

—Oiga, yo no tenía ni idea de lo que se tarda en morir desangrado, y le repito por enésima vez que fue un gesto instintivo.

—Tu subconsciente sí lo sabía todo.

—¿Sabía que tardaría más y que mi madre llegaría a tiempo de salvarme?

—Sí.

—¿No ha pensado en las variables?

—¿Qué variables?

—Supongamos que todo lo que dice es verdad, que en el fondo no quería morir, que dejé esa puerta o esa ventana abierta a la salvación y lo único que pretendía era gritar, gritar muy fuerte que no estaba bien. Vale. Ahora pensemos: ¿Y si mi madre se hubiera encontrado en la calle con la clásica vecina con la que se enrolla y hubiera perdido quince minutos con ella? ¿Y si mi madre hubiera llegado a casa pero hasta media hora más tarde o más no hubiera entrado en el cuarto de baño? ¿Cree que una persona que no quiere morir se arriesga a tanto?

—Eres muy intuitiva, Elisa. Te parece que tu mente es un caos, pero no es así. Racionalizas mucho las cosas. Puede que te la jugaras, consciente o inconscientemente. Pero en tu interior, aun conociendo los riesgos, algo te dijo que vivirías.

—Se gana el sueldo, ¿eh? ¡Vaya manera de darle la vuelta a las cosas! ¿Todos los loqueros retuercen lo más simple hasta convertirlo en algo que justifique llegar a lo que les interesa?

—Lo único que me interesa es que salgas de aquí lo mejor posible, que te enfrentes a tus miedos, que te valores, que le pierdas el pánico a vivir, que no pienses en la muerte y que veas el futuro como una oportunidad, la única que tenemos todos.

(Anotación: la paciente se echa a reír).

—Sería capaz de convencer a una piedra.

—Tú no eres una piedra. Eres una chica sensible, tienes sentimientos. Te cortaste las venas, sí, pero ese dolor que sientes sigue ahí dentro. ¿Qué es lo que te duele tanto?

(Anotación: de la risa, la paciente pasa a las lágrimas. Se viene abajo.

Ha sido como abrir una compuerta, aunque no del todo, solo a medias. Se abraza a sí misma).

—Eh, eh, ya vale, calma.

(Anotación: abrazo a la paciente y ella se deja abrazar. Sus manos se cierran con fuerza sobre mis brazos. Dejo pasar unos segundos hasta que se calma. Sé que no es bueno el contacto físico, ni empatizar, existe el miedo a la transferencia, pero en este momento no es más que una niña desvalida y solo me tiene a mí. También sé que estoy cerca. Me falta la llave).

—Quiero volver a mi habitación.

—¿Quieres acabar ya la sesión?

—Sí, por favor.

—¿Por qué no seguimos hablando un rato más?

—Porque usted no para de meterse conmigo.

—No me meto contigo. Intento…

—Ya sé lo que intenta, pero no sirve. ¿Ve mis muñecas? Tardan en cicatrizar. Todo tarda en cicatrizar. Y hay heridas que no lo hacen nunca.

—¿Cuál es tu herida?

—Le dije que cuando mi abuelo murió tardé en llorar. Me negaba a mi misma la realidad, que estuviese muerto. No quería aceptarlo. Necesité tiempo. Hay cosas que no se encajan fácilmente…

—¿Quién ha muerto, Elisa?

(Anotación: la paciente se levanta, me da un beso en la mejilla y se dirige a la puerta. Sale sin mediar más palabra).

Elisa
6

Las palabras de Yolanda fueron como perdigones. O balas. O bombas atómicas estallando una a una en mi alma. La mente se me quedó en blanco, la sangre dejó de correr por mis venas, el estómago se me revolvió hasta el punto de casi vomitar, los músculos se me acartonaron. Otra hubiera llorado. Yo me quedé sin siquiera fuerzas para hacerlo. No era una broma ni un mal chiste. Era la verdad, la realidad, y nos estaba pasando a Yolanda y a mí. A las dos. De acuerdo, sí, la que se iba a morir era ella, pero ¿y yo? ¿Alguien cree que es fácil seguir después de algo así? Joder, joder, joder… Creo que pasaron unos segundos, pero parecieron siglos. Si el tiempo se pudiera pesar, ese rato debió de ser el más pesado de la historia. Y no solo el tiempo. También el aire. Respirar dolía. Los pulmones recibían el impacto de unos enormes bloques sólidos que, una vez en ellos, tardaban en deshacerse. Yo miraba a Yolanda, la peluca rubia, su pelo que tanto había admirado, entre las manos, el rostro macilento y nacarado, el cuerpo vencido. Casi imaginé un millón de gusanos comiéndoselo por dentro. La palabra cáncer es enorme. ¿Cuántos tipos de cánceres hay? ¿Y qué importa? Si es terminal, es terminal. No, a Yolanda no se la comían los gusanos, solo unas células bordes, locas, mutantes y perversas. Mi abuelo había muerto de viejo. Yolanda iba a morir cuando no le tocaba, cuando era mi amiga, mi amiga, mi amiga. Y lo grité en mi mente cien, mil veces: «¡Es mi amiga! ¡Es mi amiga! ¡Es mi amiga! ¡Es mi amiga! ¡Es mi amiga! ¡Es mi amiga! ¡Es mi amiga! ¡Es mi amiga! ¡Es mi amiga! ¡Es mi amiga! ¡Es mi amiga! ¡Es mi amiga! ¡Es mi amiga! ¡Es mi amiga! ¡Es mi amiga! ¡ES MI AMIGA!». Mientras, seguíamos allí, una frente a la otra, quemando segundos preciosos. Y de pronto yo entendía cosas: por qué no podía enamorarse, por qué se había acostado con un chico sin más, por qué

desafiaba a la muerte esperando un tren en las vías o bajando a toda leche en bici por una montaña para cruzar una carretera por el medio del tráfico y por qué jugaba a ladrona en unos almacenes o había necesitado a una amiga antes del fin. Una amiga: yo. Pero ¿por qué yo? Mi mente iba a explotar. Yo, la gorda y fea de cabello asqueroso, viviría. Ella, la guapa y morena, que ya no rubia, delgada y maravillosa, iba a morir. ¿Qué clase de ley es esa? ¿Quién reparte las cartas y le da una pareja de sietes a un jugador y tres ases a otro? ¿Se llama a eso «equilibrio»? Intentaba hablar, intentaba decir algo y no podía. Allí en medio seguían aquellos bloques de hielo, icebergs con solo una parte de su tamaño a la vista, porque el resto está sumergido en las aguas que lo sostienen. Allí en medio seguían las palabras de Yolanda:

—Tengo un cáncer terminal, Elisa. Me estoy muriendo.

¿Podía entender por qué me había pedido perdón? ¿Podía entender por qué me había dicho que lo sentía? De pronto los hielos se fundieron, el aire se hizo respirable, la sangre volvió a circular por mis venas, mis músculos recobraron el movimiento, la mente dejó de estar en blanco para volverse roja. Sí, mi mente estaba roja. Ardía. El fuego de los dioses. Y todo lo que sentía convergió en mis primeras palabras, resumen de todo lo que bullía en mí. La gran pregunta una vez aceptada la verdad, una vez entendido y asimilado lo que acababa de decirme: ¿Sabías que ibas a morirte? Sí. ¿Hace mucho? Sí. ¿Antes de conocernos? Sí. ¿Y por qué te hiciste amiga mía sabiendo que te morías? Para que vivieras por mí. ¡Yo no puedo vivir por ti! Sí, si puedes. ¡Ni siquiera puedo vivir por mí! Eres la mejor persona que he conocido, Elisa. ¿Y por qué lo soy? Porque eres como una botella vacía. La mayoría de las personas, incluso a los quince años, ya están llenas, o casi llenas, o creen estarlo. Necesitan rebosar cuanto antes, se les come la ansiedad. Tú no. Tú eres un libro en blanco por escribir. Tú eres esa botella vacía que llenar. Y ojalá lo hagas gota a gota, sin prisas, despacio. Y ojalá yo esté contigo y te acompañe, aunque no sea físicamente. ¡Estás loca! No, solo enferma. Se ven las cosas de manera muy distinta cuando sabes que es el fin. ¿Y lo que me estás haciendo? Espero que lo entiendas. ¿Por qué no me lo dijiste? No quería que sintieras pena ni lástima. Quería que fueras mi amiga, nada más. Mi amiga por mí misma. ¿No tenías amigas antes? Las perdí con mi

enfermedad. Estaba sola. ¿Te abandonaron? No, las abandoné yo a ellas. ¿Por qué? Lo hice y ya está. Aquel día que chocamos y te insulté, de pronto, vi algo en ti. Ya, a una idiota. ¡No! Sí, una chica gorda y fea a la que… Yolanda estaba débil, no se tenía en pie, pero casi se abalanzó sobre mí. Me cogió las manos. Se las llevó a los labios y me las besó. Sé que todo será diferente tras mi muerte, dijo. Sé que primero me odiarás, pero luego acabarás entendiéndome, me dijo. Sé que vas a ser diferente, me dijo. ¿Diferente? Ya no callarás. Ya no tendrás miedo. Lo verás, te lo juro. Di lo que sea, por duro y amargo que resulte, de la mejor manera posible. Pero dilo. Los demás que se hagan su propia película. Y se calló. Mi propia película. Tan fácil de decir. Mi propia película. Bueno, ya no sé de qué más hablamos, ni si lo hicimos. De pronto todo es borroso. Yolanda estaba fatigada. Hablar suponía un esfuerzo para ella. Entró su madre y me pidió que me fuera. Yo tuve que hacerle caso. Me levanté, le dije adiós a mi amiga. Di un paso en dirección a la puerta. Dos. Tres. Luego di media vuelta, me eché encima suyo y la abracé. Casi oí crujir sus huesos. Parecía de cristal. Le besé la mejilla y nuestras lágrimas se mezclaron. Eso fue todo. Ahí acabó la visita, la historia, Yolanda.

He de hacer una pausa.

Respirar.

Fue la última vez que vi a Yolanda. Ya no regresé. No pude regresar. ¿No quise? No, no pude. ¿Fue porque me negué a verla convertida en un espectro hecho de piel y huesos? Tampoco. ¿La odiaba? ¡No, comprendí que la quería más que nunca! Esa fue la revelación final. Tardé un poco en entenderlo. Lo triste, lo duro, es que no dije nada en casa. Me lo guardé para mí. Fue asombroso. Me comportaba como si tal cosa por fuera mientras por dentro me desmenuzaba como una fina arenilla. ¿Por qué ese silencio? ¿No quería ser vulnerable? No tengo ni idea. Solo sé que me lo tragué, lo metí en mi mente, en mi corazón, en mi estómago, aun sabiendo que si se pudría me haría más daño. El resultado fue que pasé los peores días de toda mi vida, ni siquiera comía. Perdí más de dos kilos. Imaginaba a Yolanda extinguiéndose como una llamita. Esperaba la noticia de un momento a otro. La ingresaron de nuevo en el hospital a los tres días de verla y murió dos días después. Creo que ni se enteró. Las últimas horas las pasó dormida, como mi abuelo. Simplemente se

fue. A mi me llamó su madre y me lo dijo. Yolanda le había pedido que lo hiciera. El día de su entierro fue… No sé ni cómo explicarlo. Yo no quería ir, pero me obligué a ir. Yo no quería entrar en una iglesia y escuchar a un cura que no la había conocido, ni sabía cómo era, hablando de lo maravillosa persona que había sido. Yo no quería ver su ataúd, pero allí estaba. Y sabía que Yolanda, tan amante de la vida y de los espacios abiertos, debía de sufrir mucho en aquella caja de madera. Por suerte no la enterraron: la incineraron. Se convirtió en humo y cenizas. Era un espíritu libre, así que fue justo que volara por los aires. En el entierro me quedé muy atrás. Todo el mundo lloraba. Yo… No estoy segura. Por dentro sí. Por fuera seguía catatónica. Vi a sus padres, a la familia, y al acabar la ceremonia me fui. Creo que caminé sin rumbo durante mucho rato, horas. Lo sé porque al llegar a casa, mis padres ya estaban llamando a la policía creyendo que me había pasado algo. Tenía el móvil desconectado. ¿Y qué hice en ese tiempo? Fui a las vías del tren, a la loma de la bicicleta, a los almacenes del robo, y allí escuché la voz y la risa de Yolanda. Entonces supe que los recuerdos sirven para eso, para que te duelan, pero también para que te reconforten, porque si hay un recuerdo es por algo, algo que ha sucedido. Vivimos con los recuerdos propios y ajenos, los compartimos. Me bastaba con cerrar los ojos. Lo malo era volver a abrirlos. Pero fue a raíz de eso cuando decidí que nunca le hablaría a nadie de Yolanda, que la guardaría para mí. Solo para mí.

Tres días después me llegó una caja por mensajero. Suerte que llegué a casa y la portera me la entregó personalmente, no la recibió mi madre, a la que habría tenido que dar explicaciones de por qué recibía un paquete y que había en él. En la caja encontré una nota y dos cosas. La nota era de la madre de Yolanda: «Me dijo que te diera esto». Las dos cosas eran… su peluca rubia y las estridentes bragas rojas que había robado aquella vez.

Jooodeeerrr…

Doctora Pons
1

Abre la puerta de su casa y lo primero que nota es el olor.

Fuerte, intenso.

Le cruje el estómago y se le hace la boca agua.

—¡Ya estoy aquí!

Carlos asoma la cabeza por la puerta de la cocina. Con el delantal y el cucharón en la mano parece todo menos un ejecutivo agresivo. Bueno, ejecutivo sí es, pero agresivo no.

Le sonríe.

—¡Ha llegado la doctora Pons! —grita él.

Si lo hace como saludo, funciona. Si es para avisar a Lucía, su hija, no. Lucía no oye nada con los auriculares en las orejas.

Martina le da un beso.

—¿Qué estás haciendo?

—Sopa de marisco.

—Increíble.

—Es lo que hay.

Se casó con él por muchas cosas. La primera, porque estaba enamorada. Pero, desde luego, la segunda fue descubrir que era un manitas de la cocina.

—Voy a ponerme cómoda.

Ya se ha descalzado antes de entrar en la habitación. Y eso que en el hospital lleva zapatos planos. Con dos puntapiés mete los zapatos dentro. Luego se quita la ropa de calle, el traje chaqueta. Como si lo cronometrara, Carlos aparece justo cuando ella solo lleva puestas las bragas.

—Dicen que el cava mejora con los años, pero lo que eres tú…

También es algo que le gusta de él. Su buen humor.

El trabajo, en la oficina.

En casa, ni hablar.

Algo que a ella le cuesta.

Martina se pone una camiseta antes de que su marido pueda abrazarla por detrás y apretarle los senos, como le gusta, mientras le besa el cuello y el hombro.

—¿Cansada?

—Sí.

—Luego te masajeo los pies.

—Oooh…

—Y la cabeza.

—Mmm…

—Y…

—Vale, vale, que después de la sopa de marisco y lo que hayas hecho de más ya no sé si podré ni levantar una mano.

—Tú no has de levantar nada —le guiña un ojo.

Ella se echa a reír.

Sí, casi siempre la hace reír.

Carlos regresa a la cocina. Martina llama con los nudillos a la puerta de la habitación de Lucía. Ninguna respuesta. Insiste. Nada. Finalmente abre. Lucía está en la cama, bocarriba, con los auriculares en los oídos, el móvil en las manos, los ojos cerrados y cantando algo en voz baja con toda una gama de expresiones faciales.

Se la queda mirando.

La misma edad que Elisa.

Quince años.

A veces las comparaciones asustan.

Se queda en la puerta un minuto, puede que dos, sin dejar de observarla. No está delgada, pero tampoco es que le falten kilos. Tiene el cabello largo, el cuerpo en continua transformación, y aunque para ella es la hija más guapa del mundo, en el fondo reconoce que es normal. Normalísima. Con todos los complejos de cualquier quinceañera.

Lucía abre los ojos.

—¡Ah, hola!

—Hola.

Se quita los auriculares para hablar. Cosa rara.

—¿Has llamado?

—Sí, pero como no decías nada he entrado. Por si te estaba dando un ataque de algo, ya sabes.

—Ja, ja.

—Mucha gente se muere sola y pasan días antes de que los encuentren.

La chica extiende los brazos con pereza. Pasa del comentario materno.

—¿Ya está la cena?

—Supongo que falta poco.

—Bueno, pues ya salgo.

—Vale.

Pero no se mueve del quicio.

Brazos cruzados sobre el pecho.

Expresión dulce.

—¿Por qué me miras así? —duda la chica.

—¿Así cómo?

—Fijamente.

—No sé —rectifica—. Bueno, sí. Me preguntaba…

—¿Qué? Va, dilo —se impacienta Lucía.

—¿Dónde está la niña que había aquí antes, la que hace cuatro días todavía gateaba?

—Mamá…

—No, en serio. ¿Qué le has hecho?

—La tiré por la ventana.

—Mal hecho.

Y sigue en la puerta.

—¿A ti qué te pasa hoy? —Frunce el ceño Lucía con un deje de escepticismo.

—¿Es que no puedo comerte con los ojos?

—¡Va, pasa, pesada! —hace ademán de echarle la almohada.

Hora de reaccionar.

—Vamos a poner la mesa, venga.

Se va sin cerrar la puerta. Una vez en el comedor, coge el mantel y empieza a extenderlo. Lo está alisando cuando aparece Lucía llevando los platos y los cubiertos. No dicen nada. Vuelven juntas a la cocina a por el resto. Carlos está canturreando. Todo huele aún mejor.

Otro día más en su pequeño paraíso.

Porque, de momento, lo es. Un paraíso. Con días nublados y tormentas, claro, pero por lo general con sol y buen ambiente. Cuando se trabaja en un hospital y se ve lo que se ve a diario, se valora más lo que se tiene, por discreto y vulgar que parezca.

Martina sigue observando a su hija. Trata a muchos chicos y chicas, se mete en sus cabezas, pero en el fondo siempre son ajenos. Pacientes. Con Lucía es diferente. No puede hacer de psiquiatra con ella. Tiene quince años y aún está explotando. La adolescencia llegará a su pico con este año y el próximo, quizá también los diecisiete. Un breve tiempo para generar un sinfín de emociones difíciles de digerir y aún más de asimilar. Las preguntas se le amontonan. Preguntas sin respuesta aparente. ¿Se habrá enamorado ya? ¿Tendrá sentimientos capaces de desarbolarla? ¿Le habrán ofrecido una maldita pastilla de algo cualquier tarde? ¿Mantendrá el mismo carácter que muestra en casa?

—¡A cenar! —canta Carlos.

Se sientan a la mesa. El cocinero sirve los platos. Martina pone agua en los vasos. Lucía reparte rebanadas de pan. No hay móviles. Prohibidos en momentos como este. No hay televisión. Apagada en las comidas. La sopa está buenísima. Martina cierra los ojos sumergida en su éxtasis gastronómico.

—Te has salido —le dice a su marido.

—Llevas unos días estresada. He pensado que te vendría bien.

—¿Me notas estresada?

—Un poco sí, ¿no?

—Bueno, supongo.

—¿Más trabajo del normal?

—No, es por una paciente. Intentó suicidarse —se le escapa casi sin darse cuenta.

Carlos deja la cuchara en el plato y levanta las cejas. Dice en voz alta lo que están pensando los dos.

—Vaya, nunca hablas del trabajo en casa. Es raro. Eso debe de significar algo.

—Tiene quince años.

Carlos mira a su hija.

—Ah —entiende.

—Estoy así de encontrar la clave. —Une los dedos pulgar e índice

hasta casi tocarse—. Pero ella se resiste, no acaba de abrirse. Esconde algo y no…

—Lo conseguirás. Siempre lo haces. Eres buena.

—Nunca había tratado a una chica tan joven en semejantes condiciones.

—Mamá —interviene Lucía—. ¿Por qué quiso matarse?

Martina suspira. No es el mejor diálogo para tener cenando. Y menos con Lucía. Se da cuenta demasiado tarde de su error. Ahora ya no hay vuelta atrás. Ella misma ha abierto la caja de los truenos.

Quizá sí esté estresada.

—Dice que fue un gesto instintivo, y la creo. Pero también creo que algo la hizo llegar al límite de su resistencia.

Teme que Lucía le pregunte cómo es Elisa.

Teme tener que decirle que su paciente odia su cuerpo.

—¿Solo la has tratado en el hospital? —pregunta la chica.

—Sí, ¿por qué?

Y entonces, con su lucidez infantil, tan lógica, Lucía dice:

—¿Sabes cómo vive, cuál es su ambiente, qué aire respira…?

Doctora Pons
2

La mujer que le abre la puerta es como la había imaginado.

No la conoce. Todavía no ha hablado con ella. Ha preferido tratar a Elisa al margen de todo lo demás. Incluso de sus padres. De ellos, de informarlos, se encargan en la dirección del centro. Los padres tienen una visión distorsionada de sus hijos. No pueden verlos con otros ojos que no sean, por regla general, los del amor que sienten.

La mujer tiene ojeras.

Rostro cansado.

Su hija quiso matarse. Ella misma la encontró en la bañera de la casa. Una imagen que la perseguirá y la aterrorizará el resto de sus días, por más que Elisa viva.

—¿Sí?

—Me llamo Martina Pons. Soy la doctora que está tratando a su hija.

Prefiere decir «doctora» antes que «psiquiatra».

—¿Sucede algo? —se espanta la mujer.

—No, no, tranquila. Perdone. Todo va bien. Elisa está evolucionando perfectamente. Volverá a casa en unos días, se lo prometo.

La madre se lleva una mano al pecho.

—¡Ay, Señor! Pase, pase.

Martina entra en la casa. Sencilla. Normal. Como todas las casas. La mujer cierra la puerta. Casi no sabe qué hacer.

—Mi marido no está —dice por decir algo.

—Solo serán unos minutos.

—¿No quiere hablar con los dos?

—No. Estoy aquí por otra cosa.

Parece a punto de conducirla por el pasillo, probablemente hasta el

comedor. Se detiene.

—No entiendo… —vacila.

—Le parecerá extraño, pero he venido a ver la habitación de Elisa, si me permite entrar en ella.

—¿En serio? —parece alarmarse.

—Sí, ¿por qué?

—Bueno, yo soy su madre y no me deja entrar. A veces ni para limpiar.

—¿Ni siquiera lo hace ahora que está fuera?

—No la conoce —lanza un enorme suspiro—. Es capaz de notar si le he movido algo. A esta edad su habitación es algo así como su castillo.

—Tendré cuidado —dice Martina.

La mujer aún duda.

—¿Pero por qué…? ¿Qué tiene que ver eso con que mi hija se cure?

—Su hija no está enferma —intenta que no suene a rectificación—. Tuvo un momento malo y hemos de descubrir la causa. Cuando demos con ella, y estoy cerca, podré conseguir que acabe de soltar todos sus demonios y quede en paz, se lo prometo. Por eso necesito ver su habitación, sentarme en ella cinco minutos, respirar un poco de su mundo. Tal vez así encuentre la clave.

—¿De verdad cree que se quedará en paz?

—Sí.

—¿Y volverá a ser la misma?

—Eso ya no lo sé, señora. ¿La misma? ¿En qué sentido? Su hija tiene problemas de autoestima. Puede que acabe aceptándose a sí misma, pero siempre se verá mal, por su peso, porque no le gusta su pelo, por un montón de razones que, en la adolescencia, pero también en la juventud o la madurez, nos fustigan de manera inmisericorde, especialmente a las mujeres. No sé si será la misma, pero lo que habrá vivido espero que la ayude a entenderse mejor de lo que lo ha hecho hasta ahora. Eso es lo que creo y por eso trato de ayudarla. También por eso estoy aquí.

—¿Sabe cuándo empezó a odiarse? —no espera la respuesta de su visitante y sigue hablando—. De niña veía ese canal de televisión donde ponen películas y series americanas llenas de niñas hipersexualizadas ya con doce o trece años. Niñas que no tienen nada

que ver con las de aquí, porque aquello es otra cultura. Fue cuando se dio cuenta de que ella nunca sería así. Dios… esos cromos, maquilladas, con faldas cortas, hablando de chicos, como si no hubiera nada más en la vida, y con historias espantosas y estúpidas…

Deja de hablar, agotada.

Martina piensa en Lucía. También ve ese canal.

Inconscientemente se han detenido delante de una puerta. Hay un enorme letrero que dice: NO PASAR – PERROS SUELTOS. Debajo, otros dos. Uno con el lema «Templo de Elisa» y otro con una mano con tres dedos extendidos: el pulgar, el índice y el meñique. Las uñas, de los dedos, pintadas de negro.

—¿Puedo? —insiste Martina por última vez.

—Adelante, pero no toque nada, y si lo toca déjelo igual, se lo ruego.

—Gracias.

Ella misma abre la puerta. Da la luz, porque la persiana está bajada. Una vez dentro la cierra y lo observa todo. No es más que una habitación. El reducto vital de una adolescente. La cama está hecha, hay una mesa, un ordenador, el móvil al lado, una silla, un armario, estantes con libros y pequeños recuerdos. Su hija Lucía tiene un panel de corcho con fotos. Elisa no. En el poco espacio que le queda a las paredes hay unos pósteres, tres de chicos que no conoce, cantantes o actores, y uno de la vieja protagonista de la serie *Divergente*. Una heroína que rompió los cánones porque ni era una top model, ni estaba superdelgada, ni era especialmente guapa como otras.

Se sienta en la silla.

Abre la tapa del ordenador. Apagado. Coge el móvil. Apagado. Y sabe que los dos tendrán contraseñas. No sacará nada de ambos aparatos. Abre los cajones de la mesa, uno a uno. El orden de la habitación choca con el desorden que hay en ellos, mezcla de muchas cosas. Nada relevante, nada especial, nada que merezca atención salvo en el último.

Dos curiosos objetos.

Una peluca rubia, hecha de pelo natural, muy suave, y unas bragas rojas.

Nada más.

Martina huele la peluca.

Parece viva.

El aroma es intenso.

Lo deja como estaba y vuelve a mirarlo todo con ojo crítico.

Busca algo.

Espera.

De pronto se agacha, abandona la silla y queda de rodillas en el suelo, bajo la mesa. Extiende la mano hacia el fondo y tantea la parte baja del mueble. Le parece increíble que todavía se use ese viejo truco, pero sí, ahí está, el cajón secreto, el espacio donde se guardan los misterios de una vida.

Ella también tenía uno.

Quizá también lo tenga Lucía.

La libreta está ahí.

La extrae con sumo cuidado.

Y cuando vuelve a sentarse en la silla, su corazón tiembla.

Tarda un poco en abrirla.

Tarda un poco en atreverse a leer la primera línea.

Pero cuando lo hace, por fin, sabe que está dentro del corazón de Elisa y tiene la llave de su salvación.

«La primera noción que tuve de mi horripilante aspecto debió de llegar a los siete u ocho años…».

Última sesión

—Háblame de Yolanda, Elisa.

Agradecimientos

La Fundació Jordi Sierra i Fabra tiene un programa de visitas a hospitales en los días previos a Sant Jordi. Durante años, desde su implantación, he tenido la oportunidad de ver y hablar con decenas de chicas como Elisa, con problemas de peso o anorexia unas, con problemas de identidad otras, con estados mentales deteriorados, intentos de suicidio o enfermedades graves. De estas charlas ha surgido esta historia real, basada en la suma de muchas otras.

Esta novela está dedicada a una chica de 17 años que había sufrido en su corta vida más de 15 operaciones y me pidió que la ayudara, que ya no podía más y no quería vivir. No era la primera vez que me sucedían estas cosas. Los libros son el mejor bálsamo para muchas personas y algunas creen que los autores que les han cambiado la vida somos poco menos que santos. Me senté a su lado en la cama del hospital y hablamos largo rato. ¿Qué se le dice a alguien así, que resista, que luche? No es fácil. Y recuerdo lo mucho que me impactó su caso, su mirada, sus manos aferradas a las mías. Le seguí la pista días después, tras otra operación, y finalmente la cambiaron de centro hospitalario, con lo cual le perdí el rastro. Pero hay momentos en la vida que no se olvidan

Lamentablemente, hay más jóvenes como ella.

Table of Contents

Portadilla
Créditos
Elisa 1
Sesión primera
Elisa 2
Sesión segunda
Elisa 3
Sesión tercera
Elisa 4
Sesión cuarta
Elisa 5
Sesión quinta
Elisa 6
Doctora Pons 1
Doctora Pons 2
Última sesión
Agradecimientos